

CAPÍTULO 5

La Psicología Evolutiva en su intersección con el Psicoanálisis. Claves explicativas para un entrecruzamiento posible

Agustín Brusquini

Introducción

Les propongo el siguiente ejercicio: ¿Qué se nos viene a la mente cuando hablamos de la “infancia”? Primeros tiempos de la vida, juegos, crianza, descubrimientos, educación, Sujeto de Derechos... Nuestros imaginarios en torno a esta categoría no tienen nada de natural si consideramos que la infancia como categoría histórica fue constituida en la Modernidad, signada por el interés de problemáticas sociales concomitantes con al establecimiento de la idea de “familia nuclear” (Ariès, 1986). Anteriormente, la representación del “niño” no era otra que la de un adulto en “pequeña escala”. La infancia no existía como tal. Por ejemplo, no es hasta finales del siglo XIX que se instauran las primeras regulaciones del trabajo infantil, hasta arribar en su proscripción (Palacios, 2014).

Lo que resulta indiscutible es que la infancia se ha constituido como una categoría compleja, habitada por un conjunto diverso de significaciones que se han instituido sobre los cuerpos de niños, niñas y niñes, en la cual los desarrollos de la psicología en los siglos XIX y XX contribuyeron fuertemente a una profundización y ordenamiento de este vasto campo. Bajo el imperio de un paradigma científico-positivista, con un marcado sesgo proveniente de las Ciencias Biológicas, la Psicología Evolutiva en sus orígenes tomó a su cargo el estudio del “desarrollo”. Se trata de una categoría explicativa que permite dar cuenta de aquellos procesos y transformaciones esenciales a lo largo del tiempo de la infancia, a partir del estudio de las leyes naturales que lo determinan. Este saber psicológico se afirmó sobre la separación de aquello que era considerado como lo normal-esperado por un lado, y la amplia zona de los problemas del desarrollo infantil por el otro (Mirc, 2021).

Ahora bien, ¿cómo concebimos a la Psicología Evolutiva hoy? ¿Cuáles son los pilares que justifican el título de una “Psicología Evolutiva”? ¿Cuáles son los aportes que permiten que este campo se mantenga en vigencia en la actualidad? Los aportes teóricos contemporáneos consideran de especial relevancia someter las concepciones evolutivas que ordenan las transformaciones del sujeto a lo largo de la vida a una revisión crítica de sus fundamentos, con el fin de descapturar a la infancia del pretendido a-historicismo tras el cual se ocultan las valoraciones ideológicas que sostienen estas formulaciones. La Psicología Evolutiva

contemporánea se caracteriza por sostener un cuestionamiento al carácter unicausal, teleológico, unidireccional y determinista del desarrollo. Lejos de ser una problemática saldada, se mantienen en interlocución diferentes modelos teóricos-explicativos en torno a las tensiones entre lo innato y lo adquirido; la sincronía y la heterocronía; como así también la continuidad y la discontinuidad en los procesos del desarrollo (Palacios, 2014).

Desde nuestra perspectiva, tomamos en consideración los postulados de la Psicología Evolutiva en un campo de interlocución con los aportes del Psicoanálisis. Los aportes de Sigmund Freud inauguraron una ruptura epistemológica para pensar la constitución psíquica y los procesos subjetivos en la infancia, al propiciar una dimensión temporal radicalmente diferente a la secuencia cronológica con la que clásicamente se ha pensado la problemática del desarrollo.

En este capítulo, abordaremos los posibles diálogos e intersecciones entre la Psicología Evolutiva y el Psicoanálisis, procurando propiciar algunas claves explicativas que permitan echar luz sobre diferentes modelos y autores que se han encargado de pensar, desde diversos posicionamientos y filiaciones teórico-conceptuales, algunas de las grandes vertientes del desarrollo infantil: (1) *la Psicología Evolutiva y el pensamiento psicoanalítico: la construcción de una “interface”*; (2) *Consideraciones fundamentales sobre la temporalidad y “lo infantil” en psicoanálisis*; (3) *Sigmund Freud: la constitución del psiquismo y los derroteros libidinales*; (4) *El desarrollo emocional: el pensamiento de Donald Winnicott*; (5) *El desarrollo emocional: los aportes de Margaret Mahler*; (6) *El desarrollo psicomotor: bases teóricas y enfoques actuales*.

Todos estos enfoques deben ser leídos a la luz de un abordaje crítico que permita deslindar la dimensión político-epistemológica que los atraviesa, con un acentuado sesgo heteronormativo, androcentrista y a-historicista. Para poder depurar nuestras teorías de los tintes ideológicos que tiñen sus postulados, debemos ser capaces de rescatar aquellos núcleos de verdad que conservan vigencia explicativa en nuestros tiempos. Es por este motivo, y bajo la pretensión de conservar rigurosidad epistemológica, que se incluyen las categorías de “niño” o “madre” tal como fueron producidas por los diferentes autores, sin que ello implique que podamos incluir bajo tales conceptos otros existenciales: niños, niñas, niñes y sus múltiples cuidadores.

La Psicología Evolutiva y el pensamiento psicoanalítico: la construcción de una ‘interface’

En este apartado, nos abocaremos a una problemática específica dentro de los desarrollos de la Psicología Evolutiva, que tiene que ver con los posibles entrecruzamientos y diálogos con los aportes del campo del Psicoanálisis. ¿Cuál es el “niño” que construye la Psicología Evolutiva? ¿Es el mismo que le interesa al psicoanálisis? No se trata de hacer una comparación de enfoques disímiles, ni tampoco de dar por supuesto que -aun compartiendo la categoría de “infante” en el centro de sus intereses epistemológicos- ambas disciplinas construyen el mismo objeto de estudio.

Daniel Stern es un psiquiatra y psicoanalista estadounidense que en su libro *El mundo interpersonal del infante* (Stern, 1991) nos hace una propuesta para organizar este problema en relación al objeto que le interesa a la psicología del desarrollo y aquel que es posible (re)construir desde algunas propuestas teóricas del pensamiento psicoanalítico, como así también de qué modo se podrían tender puentes entre estas dos perspectivas disímiles. Stern plantea que el objeto de estudio de la psicología del desarrollo es el “infante observado”. Se trata de un constructo que, al surgir de un recorte propuesto por un modelo científico, se basa en la descripción de aptitudes que pueden observarse directamente, tales como los movimientos, la sonrisa, la discriminación de rostros, la posibilidad cognitiva de codificar recuerdo, etc. El foco está puesto pura y exclusivamente en la conducta observada. Por otro lado, el psicoanálisis se interesa por el “infante clínico” y resulta interesante tomar la cita textual de su definición: “Este infante es la creación conjunta de dos personas: el adulto que creció hasta convertirse en paciente psiquiátrico, y el terapeuta, que tiene una teoría sobre la experiencia del infante” (Stern, 1991, p. 30). ¿Qué nos quiere decir con esto Stern? Una lectura apresurada podría llevarnos a pensar que el infante clínico es en realidad un adulto que, además, padece algún tipo de psicopatología. Pero no es eso a lo que se refiere este autor, sino que para su comprensión debemos delimitar con mayor claridad cuál es la perspectiva psicoanalítica desde la cual nos está hablando y también cuál es el contexto socio-cultural y científico en el cual se inscribe su producción. La categoría “paciente psiquiátrico” debe ser entendida a la luz de la difusión de la práctica psicológica terapéutica en los Estados Unidos, fuertemente atravesada por discursos de tintes biologicistas y con una marcada tendencia a la categorización de las patologías. En nuestra sociedad, profunda y masivamente atravesada por la práctica psicoanalítica, podríamos referirnos en tal caso al “paciente” o, si se quiere, “analizante” adulto, sin tal connotación psicopatológica. Pero además agrega Stern: “está constituido por recuerdos, actualizaciones presentes en la transferencia, e interpretaciones teóricamente guiadas” (Stern, 1991, p. 30). Con lo cual, nos despegamos radicalmente de lo que nuestros sentidos nos presentan como un adulto, porque lo que corroboramos en la experiencia psicoanalítica es que hay otra dimensión presente allí, que permanece viva y que es posible recuperar mediante los artilugios propios del dispositivo psicoanalítico. Eso es lo que Daniel Stern define como “infante clínico”. Tal dimensión estará constituida por los relatos y descripciones que constituyen lo más íntimo de las experiencias subjetivas de los sujetos.

La diferenciación entre el “infante observado” y el “infante clínico” resulta no sólo ordenadora para pensar las diferencias en torno al objeto de cada perspectiva, sino que también permite introducirnos en consideraciones metodológicas que demarcan una especificidad que caracteriza a cada una de ellas. Para la psicología del desarrollo, tendrá un lugar crucial la observación de la conducta manifiesta como método privilegiado para la construcción de su infante, se basará entonces en detalladas descripciones de aquellas manifestaciones que pueden ser corroboradas en el momento mismo de su aparición. En contraste, el psicoanálisis para la construcción de su infante tendrá como instrumento valioso al relato del sujeto, los diferentes modos de expresar y reconstruir la trama de sus experiencias subjetivas que se hallan signadas por las vivencias infantiles. No debemos perder de vista que ambos conceptos -infante clínico e infante observado- son calificados como “constructos”, al

desprenderse cada uno de un modelo teórico guiado por una serie de premisas que permiten hacer un recorte del fenómeno que pretenden capturar. La diferencia radica en que el “infante observado” se organiza a partir de la selección de una serie de conductas que permiten ser registradas por los sentidos en el momento mismo de su aparición; mientras que en el “infante clínico” nos encontramos trabajando a partir de la reconstrucción subjetiva y singular de lo que ya tuvo lugar.

Stern no sólo propicia este ordenamiento clasificatorio, sino que también anuda de un modo interesante estas dos perspectivas. Postula que ambos enfoques son indispensables para la tarea de pensar el desarrollo del infante: “El infante clínico insufla vida subjetiva en el infante observado, mientras que el infante observado señala las teorías generales sobre las cuales se puede erigir la vida subjetiva inferida del infante clínico” (Stern, 1991, p. 30). Ahora la cuestión es, ¿en qué medida se basan realmente en la misma cosa? ¿En qué medida comparten un fundamento común, de modo que puedan conjugarse con un único propósito? El infante observado nos provee de una detallada descripción de la conducta del niño, organizada a partir de diferentes intereses teóricos, que nos permiten producir una secuencia de adquisiciones que valoramos para el desarrollo del niño. Si nos quedáramos solamente en este punto, ¿qué tanto podríamos dar cuenta de la experiencia del infante? ¿Una lista de observaciones podría dar cuenta de la “cualidad sentida” de la experiencia? Es en este punto donde Stern plantea la necesidad de realizar un salto inferencial, la posibilidad de realizar deducciones que integren las conductas observadas con las experiencias subjetivas:

En cuanto tratemos de extraer inferencias sobre las experiencias reales del infante real -es decir, de incorporar cualidades de la experiencia subjetiva (...)- nos vemos devueltos a nuestra propia experiencia subjetiva como principal fuente de inspiración. Pero ese es exactamente el dominio del infante clínico. Esa información está exclusivamente almacenada en nuestros relatos de vida, en cómo nos hemos sentido al vivir nuestras vidas sociales. (Stern, 1991, p. 34)

Por eso, concluye Stern que cada una de estas concepciones tiene rasgos que le faltan a la otra: mientras el infante observado aporta las aptitudes perceptibles; el infante clínico las experiencias subjetivas fundamentales de la vida social, y como tal, en interacción con otros.

Finalmente, este autor plantea, de un modo muy gráfico, cómo se deben tender puentes entre las dos perspectivas que desarrolla, al concebir una “conjunción parcial” de las mismas. De algún modo, los acontecimientos observables deben ser convertidos en experiencias subjetivas denominadas “intrapsíquicas”. Este punto es crucial porque cuando pensamos la relación de una conducta con la teoría, integramos dos dominios distintos. La teoría es el fundamento subyacente de lo que guía nuestra observación. Por lo tanto, el observador de infantes mejor familiarizado con el infante clínico puede ser impulsado a concebir nuevas direcciones para la observación.

Si bien las dos perspectivas no se superponen, en ciertos puntos entran en contacto para crear una “*interface*”. Esta noción nos permite hacernos la idea gráfica de dos zonas que se

ponen se ponen en contacto sin superponerse. Ambas conservan sus límites a pesar de que podamos tender puentes entre ellas.

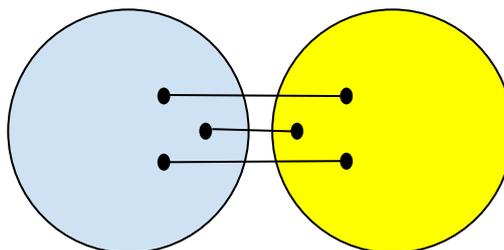


Ilustración "Interface".

Consideraciones fundamentales sobre la temporalidad y “lo infantil” en psicoanálisis

*Recuerdo mi niñez
cuando yo era una anciana
Las flores morían en mis manos
porque la danza salvaje de la alegría
les destruía el corazón.
Recuerdo las negras mañanas de sol
cuando era niña
es decir ayer
es decir hace siglos
Alejandra Pizarnik, *El despertar* (1958).*

Freud escribió en 1913 “El interés por el psicoanálisis”, dentro del cual dedica un apartado al “Interés por la Psicología Evolutiva” (Freud, 1913). ¿Qué es lo que identifica Freud como propio de la psicología evolutiva? ¿Cuáles son los aspectos de los que el psicoanálisis se vale de la Psicología Evolutiva? Y finalmente, ¿cuáles son aquellas formulaciones psicoanalíticas que no pueden ser absorbidas por la Psicología Evolutiva?

Psicoanálisis será para Freud el análisis de fenómenos psicológicos, pero no cualquier tipo: “consiste en reconducir una formación psíquica a otras que la precedieron en el tiempo y desde las cuales se ha desarrollado” (Freud, 1913). Entonces partimos de un trabajo reconstructivo, que parte de un tiempo 1 y se retrotrae a un tiempo 0 donde haya su origen y su causa.

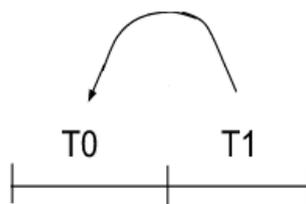


Ilustración. T0: tiempo cero; T1: tiempo uno.

Continúa Freud: “El procedimiento psicoanalítico médico no podría eliminar síntoma patológico alguno sin rastrear su génesis y su desarrollo: así el psicoanálisis, desde su mismo comienzo, se vio llevado a perseguir procesos de desarrollo”. Aquí se condensan varias ideas, pero debemos rescatar las nociones de *progresión* y *complejización* de la vida psíquica para comprender acabadamente a qué se refiere. Lo esencial reside en que hay una transformación de las inscripciones que dan sustento al aparato psíquico, y que esos cambios tienen un curso “esperable”. Por lo tanto, lo que podemos pensar en este punto es el aporte de la psicología evolutiva al pensamiento psicoanalítico, en tanto provee de un ordenamiento secuencial y cronológico de los cambios a lo largo del tiempo. Esta es una clave metodológica y epistemológica fundamental de la Psicología Evolutiva, de la cual el psicoanálisis no puede prescindir. Sin embargo, conservará siempre un punto de distanciamiento debido a que sus formulaciones apuntarán siempre a rescatar la singularidad de cada quien.

¿Por qué resultan cruciales para Freud los primeros tiempos de la vida? “El psicoanálisis tuvo que derivar la vida anímica del adulto de la del niño, tomar en serio el aforismo ‘*El niño es el padre del hombre*’” (Freud, 1913). El mismo Freud explica: “se ha rastreado la continuidad entre la psique infantil y la del adulto, pero también notó las trasmudaciones y los reordenamientos que sobrevienen en ese camino”. Es decir, los diferentes movimientos y transformaciones psíquicas que hacen que el aparato psíquico se complejice progresivamente. Da cuenta de los cambios a lo largo del tiempo en el que los “elementos” del aparato psíquico se reordenan de un nuevo modo. Por ejemplo, Freud describe que encuentra típicamente en los adultos lo que llama la “amnesia infantil” (Freud, 1905), un olvido sobre los primeros tiempos de la vida. Ahora bien, ¿siempre estuvo presente esa amnesia? ¿En qué momento se produce? ¿Cuáles son las condiciones, atendiendo al desarrollo del aparato psíquico, que permiten tal olvido? En esa clave Freud nos invita a pensar la constitución del aparato psíquico. Podemos hacer una analogía con una “*arquitectura psíquica*”: las condiciones en las que se encuentre el aparato psíquico en un momento determinado instalan la condición de posibilidad de un trabajo psíquico particular, y cuando los elementos se reordenan de un modo diferente, se pueden producir complejizaciones del aparato.

Freud rescata del trabajo con adultos “la extraordinaria significatividad que para toda la posterior orientación de un hombre poseen las impresiones de su niñez, en particular las de su primera infancia” (Freud, 1913). ¿Cómo relacionamos este hallazgo con el aforismo “*El niño es el padre del hombre*”? Será la infancia el momento en el que se produzcan los movimientos

fundacionales del aparato psíquico. Se producirán en esos tiempos los anclajes fundamentales que constituyen un fondo necesario, sometido posteriormente a las complejizaciones que mencionamos, que fijará el destino del sujeto.

¿Qué es entonces ese tiempo que denominamos “infancia” para el psicoanálisis? Si tomamos los tiempos cronológicos de una epistemología propia de la Psicología Evolutiva clásica, podríamos pensar que la infancia es un tiempo destinado a sucumbir, a quedar relegado como “un tiempo anterior” que nos sirve como causa explicativa, pero del cual perdemos sus rastros en el presente. Veamos qué tiene para decir Freud al respecto: “De las formaciones anímicas infantiles nada sucumbe en el adulto a pesar de todo el desarrollo posterior. Todos los deseos, mociones pulsionales, modos de reaccionar, y actitudes del niño son pesquisables todavía presentes en el hombre maduro, y bajo constelaciones apropiadas pueden salir a la luz nuevamente” (Freud, 1913, p. 186). Nada se pierde, incluso aquello que no puede ser recordado. Todas aquellas marcas en el tiempo de la infancia se conservan a lo largo de la vida del sujeto. “Así se convierte en un carácter del pasado anímico no ser devorado por sus retoños (...); persiste junto a lo que devino desde él, sea de una manera sólo virtual o en una simultaneidad real” (Freud, 1913, p. 186).

Lo crucial de este punto es que nos habilita a pensar en la temporalidad psíquica tal como la concibe el psicoanálisis: “Après-coup” (*Nachtraglich* en alemán). Se trata de una concepción en donde el tiempo deja de ser lineal. Es crucial destacar esta subversión temporal que hace Freud: lo posterior determina lo anterior. Se trata de una estructura temporal en la que al menos contamos con dos escenas separadas en el tiempo, en la cual una primera constituye una inscripción que se funda a partir de una segunda. La primera inscripción en el tiempo ocurrió efectivamente, ha dejado una huella en el aparato psíquico. Sin embargo, no es hasta que ocurre la segunda en el tiempo que cobra un sentido y una eficacia diferente. Estas consideraciones sobre el tiempo deben ser entendidas a la luz de la a-temporalidad que caracteriza al funcionamiento del sistema inconsciente (Freud, 1915): el inconsciente tiene sus leyes de funcionamiento propias que no son iguales a las de la consciencia, y se caracteriza porque los eventos no están ordenados con arreglo al tiempo. Por lo tanto, la atemporalidad de los procesos psíquicos inconscientes caracteriza al psicoanálisis, en tanto las transformaciones posibles no se rigen por la misma lógica que la del tiempo lineal. Lo anterior no queda olvidado, no queda sin efectos, no es inerte, sino que persiste junto a lo que se desarrolla desde allí y es reactualizado de manera constante.

Concluye Freud: “Lo que en el material psíquico de un ser humano permaneció infantil, reprimido (desalojado) como inviable, constituye el núcleo de su inconsciente”. Aquí podemos diferenciar “la infancia” de lo que en psicoanálisis denominamos “lo infantil”, en tanto este último no constituye otra cosa que el núcleo de lo inconsciente. Aquello que Freud denomina como “la sexualidad infantil”, cuyas manifestaciones podremos observar durante ese tiempo que recortamos como la infancia, se constituirá en un segundo tiempo, por *après-coup*, en el núcleo de lo reprimido. Como tal, “lo infantil” será aquello que acompañará al sujeto a lo largo de toda la vida.

Sigmund Freud: la constitución del psiquismo y sus derroteros libidinales

*El pasado es arcilla
que el presente libra a su antojo,
interminablemente.*

Jorge Luis Borges, *Los conjurados* (1985)

¿Por qué Sigmund Freud? La obra freudiana es de una riqueza inagotable. Tal es así que sus formulaciones siguen dando lugar a debates teóricos y epistemológicos en la actualidad. La obra de este autor no sólo se caracteriza por su extensión, sino también por las transformaciones que se efectúan a lo largo de la misma, con la introducción de nuevos conceptos, ideas y formulaciones. Desafiando la pretendida linealidad con la que se ha erigido el modelo cientificista imperante en nuestra época, la creación de la teoría psicoanalítica de Sigmund Freud se desarrolla en un camino que no es sin contradicciones, sobresaltos y discontinuidades. Por lo tanto, efectuaremos un recorte de sus formulaciones guiado por algunas premisas e intereses teóricos específicos. Nos interesa hacer una recomposición del modelo teórico con el cual Freud intenta explicar la constitución del aparato psíquico en los primeros tiempos de la vida. Además, siguiendo las formulaciones de autores posteriores (Laplanche, 1987) pensamos en tiempos reales de constitución del psiquismo. Esto que implica que concebimos la organización del aparato psíquico en constitución a partir de movimientos fundacionales efectivamente acaecidos, que si bien no pueden ser observados directamente, podremos dar cuenta que se han producido a partir de sus efectos.

La rigurosidad metapsicológica requiere de un esfuerzo por comprender que el aparato psíquico no está dado de antemano, ni se constituye como consecuencia de un programa biológico innato que se desarrolla madurativamente. Un concepto que será fundamental para pensar los primeros tiempos de la vida psíquica es el de pulsión. Es lo que permite a Freud dar cuenta de aquello que es específico de la actividad psíquica, la sexualidad. ¿Cuál fue uno de los aportes freudianos más revolucionarios? Su concepción de sexualidad, en tanto no puede ser reducida a la genitalidad ni a los ordenamientos identitarios, sino a todas las excitaciones y actividades que rebasan las necesidades fisiológicas fundamentales para la vida y tienen una cualidad placentera. Sobre todo, resulta muy novedoso para la época que Freud hable de “sexualidad infantil” (Freud, 1905). Sin embargo, resulta fundamental que podamos comprender que cuando hablamos de la constitución psíquica, debemos recurrir a la noción de pulsión sexual, porque allí está puesto el interés explicativo de Freud.

Vamos a tomar como anclaje los *Tres ensayos de teoría sexual*. Es un texto fundante de la teoría psicoanalítica, el cual fue escrito inicialmente en 1905 y es revisado sucesivamente por Freud hasta 1925. Se trata de un texto con 20 años de revisiones, de notas agregadas, de nuevas reconceptualizaciones que se van adicionando progresivamente, atravesado por cambios fundamentales de la teoría freudiana. Por eso proponemos leer los *Tres ensayos* a la luz de algunas formulaciones anteriores que sirven de base para entender lo fundamental de

sus postulados, como así también algunos textos posteriores que nos permiten tener una profundidad más acabada y refinada sobre algunas temáticas allí esbozadas.

Situamos anteriormente las particularidades de pensar la temporalidad psíquica por *après-coup*, y postulamos “lo infantil” como la novedad introducida por el psicoanálisis en tanto constituye el núcleo de lo inconsciente que persiste en los sujetos. ¿A qué alude entonces el concepto de pulsión? ¿Qué relación tiene con el inconsciente? “La pulsión nos aparece como un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante psíquico de los estímulos que provienen del cuerpo y alcanzan el alma, como una medida de la exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal” (Freud, 1915, p. 117). Sus características principales son: el esfuerzo, la meta, el objeto y la fuente de la pulsión. El carácter esforzarse es una propiedad de la pulsión sexual y constituye su esencia misma. Lo denominamos “exigencia de trabajo de psíquico”. El objeto de la pulsión es uno de los grandes problemas del psicoanálisis. Es el “medio” mediante el cual se satisface la pulsión y es contingente, es uno, pero podría ser otro. Pero, ¿cualquier otro? No, porque lo que debemos pensar siempre es la actividad de la pulsión, la cual plantea una exigencia de trabajo específica. Retengamos por un momento estas características principales de la pulsión para poder ver luego cómo se ponen en juego en desarrollo psicosexual.

Les propongo un recorrido por el segundo ensayo de Freud titulado “Ensayo II: la sexualidad infantil”, subvirtiendo el orden en el que fue escrito, de manera tal que nos permita organizar tiempos lógicos en la constitución del aparato psíquico.

Freud nos trae la siguiente escena: un bebé es alimentado por el pecho de su madre, se encuentra en estado de reposo, podemos asumir que la tensión provocada por el hambre ha cesado, pero aun así mueve los labios rítmicamente. A esto Freud lo denomina “Chupeteo” y lo caracteriza como una exteriorización de la sexualidad infantil. Fíjense el salto fundamental que da Freud, porque no está describiendo una conducta simplemente, sino que eleva aquello que es del orden de la conducta manifiesta al nivel de un observable, en tanto se articula con la teoría que él presupone. Aquello que Freud observa se toma como paradigmático, como una exteriorización de la sexualidad infantil en tanto cumple con los 3 caracteres esenciales de la misma: nace por apuntalamiento, se da en una zona erógena y es autoerótica. La sexualidad infantil se apunala, se “apoya”, primero en una función que sirve a la conservación de la vida, como podría ser en este ejemplo la alimentación, pero luego se independiza de ella. Los labios del bebé se transforman entonces en una zona erógena, estimulada por el cálido aflujo de leche que causa sensaciones placenteras. La pulsión no está dirigida a otra persona, sino que se satisface en el cuerpo propio, en la zona erógena, y por eso la denominamos autoerótica.

La pulsión es el concepto que inscribe al sujeto en otro orden de determinación que nada tiene que ver con el desarrollo madurativo, que no se relaciona con una concepción teleológica, sino que subvierte el orden biológico. La sexualidad en el “cachorro humano”, para cuyo modelo explicativo utilizamos el concepto de pulsión sexual, lo arranca del orden biológico. Ya no se tratará de la conservación de la vida a partir del mantenimiento de la homeostasis, sino que a partir de estos movimientos fundacionales, la sexualidad humana se caracterizará por una imposibilidad de descargarse a 0. ¿Qué implicaciones se desprenden de todas estas formulaciones? Que la sexualidad infantil tiene el carácter de una ley en el desarrollo en los

primeros años de vida. Un estado de tensión que posee el carácter de displacentero, sobreviene y motoriza la búsqueda de repetición de la satisfacción. Pero de lo que da cuenta el chupeteo es que los labios no volverán a ser nunca más los mismos, no podrán ser reducidos a un órgano-función exclusivamente, porque la meta de la pulsión consiste en producir la satisfacción mediante la estimulación apropiada de la zona erógena. En tanto lo que se busca no es el alimento, sino aquel objeto capaz de satisfacer la pulsión pero que, a diferencia de las regulaciones instintivas, no podrá jamás encontrarse, en tanto siempre permanecerá un resto de insatisfacción.

Freud describe “fases de desarrollo de la organización sexual”, de las cuales distinguirá dos grandes grupos: las organizaciones pregenitales y la organización genital. Si bien se articulan en una secuencia temporal, entre estas dos formas de organización hay una ruptura fundamental que le otorga a cada una de ellas una exigencia de trabajo psíquico en específico. Dice Freud, “Llamaremos pregenitales a las organizaciones de la vida sexual en que las zonas genitales todavía no han alcanzado su papel hegemónico”. Tenemos dos organizaciones pregenitales fundamentales que se suceden en el tiempo de aparición, pero que bajo ningún punto de vista son fases sustitutivas, en la que lo anterior queda olvidado. Para entender más acabadamente, podríamos preguntarnos: ¿organización de qué? Se trata de la organización de la pulsión, la cual se caracteriza por adoptar un modo particular de actividad que ordena su circulación. La preponderancia de un modo privilegiado de actividad pulsional que le otorga un ordenamiento a la pulsión, tiene que ver con un ordenamiento por parte de aquellos que ejercen los cuidados infantiles, resultan de zonas marcadas por el auxilio ajeno. Así es que primero situamos la fase oral-canibática, cuya actividad será la incorporación y la zona erógena privilegiada será la boca; luego la fase sádico-anal, que estará comandada por el par actividad (en tanto retención) y pasividad (expulsión), cuya zona erógena privilegiada será la anal.

Ahora bien, no será hasta 1923 que Freud reconocerá “un descuido” en su teoría (Freud, 1923).

Para completar el cuadro de la vida sexual infantil, es preciso agregar que a menudo, o regularmente, ya en la niñez se consume una elección de objeto como la que hemos supuesto característica de la fase de desarrollo de la pubertad. El conjunto de los afanes sexuales se dirigen a una persona única, y en ella quieren alcanzar su meta. (Freud, 1905, p. 181)

Esta cita es una nota agregada en 1924, una de las últimas revisiones de Freud. Y nos lleva necesariamente al texto sobre “La organización genital infantil” (Freud, 1923). ¿De qué nos habla allí? ¿Cuál es el descuido que plantea Freud?

Hoy ya no me declararía satisfecho con la tesis de que el primado de los genitales no se consume en la primera infancia. Si bien no se alcanza una verdadera unificación de las pulsiones parciales bajo el primado de los genitales, en el apogeo del proceso de desarrollo de la sexualidad infantil el interés por los genitales y el quehacer genital cobran una significatividad dominante. El carácter principal de esa organización genital infantil es, al

mismo tiempo, su diferencia respecto de la organización genital definitiva del adulto. Reside en que, para ambos sexos, sólo desempeña un papel un genital, el masculino. Por tanto, no hay un primado genital, sino un primado del falo. (Freud, 1924, p. 146)

La oposición de la organización genital infantil será entonces fálico-castrado. ¿Por qué plantea aquí la primera elección de objeto? ¿Es el mismo objeto que planteaba para la pulsión parcial pre-genital? La radical diferencia es que por un lado se pierde la primacía de lo autoerótico, en tanto se efectúa una elección de objeto en un otro. Aquellas características principales de la sexualidad infantil -el apuntalamiento, la zona erógena y el autoerotismo- no son el sostén de la elección de objeto infantil. Pero además, lo crucial es que esta elección se da en el marco del apogeo de la conflictiva edípica, porque la elección de objeto adquiere un carácter especial: se trata de un objeto completo, el cual representa el primer enlace amoroso al otro. ¿Llegan a notar la radicalidad de este cambio?

Freud caracteriza el modo de ejercicio de la sexualidad infantil como la consecuencia de una “disposición perversa polimorfa”. Con el carácter polimorfo se refiere a que la organización de la sexualidad infantil se caracteriza por la no-unificación de pulsiones parciales -las que denominamos “pregenitales”-, y que cada una de ellas busca su satisfacción independientemente de la otra. En un cuanto a la disposición perversa, Freud la ubica del lado de la normalidad en el niño, se trata de esta búsqueda de placer pulsional que no tiene reparos con el mundo exterior. En otro texto denominado “Los dos principios del acaecer psíquico” (Freud, 1910), Freud plantea que las dos maneras con las cuales funciona el aparato psíquico son el “principio del placer”, cuyo modo de funcionamiento es el “proceso primario de pensamiento”; y, por otro lado, el “principio de realidad” regulado por el “proceso secundario”. En los primeros momentos constitutivos del aparato, la única regulación es la del proceso primario, como una forma de ejercicio pulsional directo, cuyo afán es exclusivamente el de hallar placer. Posteriormente, con la introducción del principio de realidad, algo del ejercicio pulsional será regulado de una manera diferente, sin un ejercicio directo de la satisfacción pulsional, aunque el proceso primario nunca se abandonará completamente, ya que será el modo que comanda el funcionamiento inconsciente.

Por otra parte, nos encontramos con que en la fase genital se da una elección de objeto, en la que aparece una moción que hasta entonces no había emergido: amorosa. Por ejemplo, en términos observables, podemos ver cómo los niños en esta fase quieren casarse con alguno de sus progenitores. Además, se da la aparición de algunas manifestaciones que son novedosas: el asco, la vergüenza y la moral. Freud las denomina “Diques anímicos”, responsables de movimientos fundamentales en el psiquismo, dada que estos diques estrechan los caminos que la pulsión recorría con total libertad. Introducen un segundo ordenamiento a la actividad pulsional autoerótica, que lo que hace es introducir las primeras renunciaciones pulsionales. Es decir, la posibilidad de instalar progresivamente una regulación de la pulsión acorde al medio exterior.

Ahora bien, es necesario retomar la idea que venimos formulando con respecto a la “arquitectura psíquica”, en tanto tal disrupción entre el modo de organización pregenital y el

genital no sólo tiene que ver con la primacía de una zona erógena, sino que debemos suponer que ocurrieron cambios radicales que permiten que el aparato psíquico se organice de tal modo. Una forma de concebir este cambio es lo que Silvia Bleichmar plantea en términos de la instalación de la Represión Originaria y que en Freud encontramos nombrada como represión primaria.

¿Por qué represión originaria y no primaria? Porque lo que importa no es que se produce primero, sino que funda la división de los sistemas psíquicos: el sistema preconsciente-consciente y el sistema inconsciente. En el mismo movimiento, la represión originaria sepulta en el inconsciente aquellos representantes de la sexualidad infantil que no tienen transcripción y que forman algo así como los elementos nucleares del inconsciente. (Bleichmar, 1993)

Se trata entonces de un movimiento estructurante del aparato psíquico que permite fundar la dimensión de lo inconsciente y la concomitante constitución de la instancia psíquica del yo en el niño. Estos aportes son cruciales porque nos permiten comprender que los tiempos de estructuración del aparato son cercables históricamente y que además no hay nada en el programa biológico que permita que estos movimientos se desarrollen sino es por la introducción de un otro. El otro humano a cargo de los cuidados será quien introduzca la sexualidad en ese infante, desde sus propios aspectos inconsciente reprimidos, pero al mismo tiempo propiciará la instalación de la Represión Originaria a partir del narcisismo trasvasante, es decir, por la posibilidad de concebir a ese bebé desde sus propias constelaciones preconscientes como un todo, como un “ser humano”.

Vamos a introducir ahora una cuestión que tiene que ver con la sexualidad infantil, pero que nos llevará a otros destinos. Se trata de la “investigación sexual infantil” propia de la fase fálica, podríamos preguntarnos: ¿por qué su momento de aparición es durante esta fase? ¿Tiene algo que ver el pensamiento científico con la sexualidad? ¿Cómo es la relación entre la actividad de teorizar y la pulsión?

¿Escucharon alguna vez hablar del enigma de la Esfinge? La Esfinge se encontraba en la entrada de la ciudad de Tebas y le profesa a Edipo su enigma: ¿Quién es el ser, el único ser de entre todos los habitantes de la tierra, las aguas, el aire, que tiene una única naturaleza, pero posee dos pies, tres pies y cuatro pies, y es más débil cuantos más pies posee? Es el hombre. De niño, camina a cuatro patas; con la edad adulta, camina erguido sobre dos patas; y de viejo, se ayuda con un bastón para corregir su paso tembloroso.

Para Freud toda actividad es una actividad sexual, sin embargo, nos dice que la pulsión de saber o de investigar no puede computarse ni subordinarse de manera exclusiva a la sexualidad.

Su acción corresponde, por una parte, a una manera sublimada del apoderamiento, y por otra, trabaja con la energía de la pulsión de ver. Empero, sus vínculos con la vida sexual tienen particular importancia, pues por los psicoanálisis hemos averiguado que la pulsión de saber de los niños

recae, en forma insospechadamente precoz y con inesperada intensidad, sobre los problemas sexuales, y aún quizás es despertada por estos. (Freud, 1905)

Aquí se introduce una vinculación fundamental entre la actividad teorizante del niño y la sexualidad infantil. La actividad teorizante o la pulsión de investigación recaen sobre temáticas de la sexualidad, pero no cualquier tipo de sexualidad, sino bajo los modos en que se presenta la sexualidad infantil. Una de las teorías sexuales infantiles (Freud, 1908) fundamental consiste en atribuir a todos los seres humanos un pene. Lo que está en juego son las propias representaciones que puede forjarse el niño a la hora de echarse a investigar. Sus premisas no se encuentran atravesadas aún por el reconocimiento de la diferencia sexual.

¿Por qué estaría la investigación sexual infantil destinada a un típico fracaso? El problema que ocupa a los pequeños investigadores con el despertar de la pulsión de saber es el enigma sobre los orígenes: “¿De dónde vienen los niños?”. Los niños oyen las respuestas que los adultos tienen para decirles, pero aun así descreen tales historias, y prefieren formular sus propias hipótesis y conclusiones. Pero más allá de lo inacabado, o de la mentira que los padres puedan proferirle, ¿habría alguna respuesta para sus interrogantes? Es una pregunta inquietante, pero que debemos orientarnos por el carácter de “enigma” que representa a la sexualidad misma. Las respuestas serán siempre inacabadas en tanto no cuentan con las premisas suficientes para una comprensión acabada de la vida adulta, y a su vez, porque hay un aspecto de la sexualidad misma que no puede ser representado por el psiquismo humano, infantil ni adulto. Constituyen un intento infantil de simbolizar, aunque esté destinado a fracasar (Laplanche, 1996). Concluye Freud este apartado diciendo que “La investigación sexual infantil de la primera infancia es siempre solitaria; implica un primer paso hacia la orientación autónoma en el mundo y establece un fuerte extrañamiento del niño respecto de las personas de su contorno, que antes habían gozado de su plena confianza” (Freud, 1905, p. 179). ¿Por qué esta cita es tan fundamental? Porque lo que Freud resalta allí es que la actividad teorizante infantil, la cual recae sobre la sexualidad, implica una novedad sin precedentes: la posibilidad de dudar. Y sólo a partir de la duda se forjará el camino hacia la autonomía del pensamiento.

Hasta aquí hemos acompañado a Freud en el recorrido que plantea en las sucesivas fases pregenitales y la organización genital infantil, ubicando los avatares fundamentales en este recorrido que dan cuenta de la intensa exigencia de trabajo psíquico en un aparato en constitución. Ahora debemos adentrarnos en lo que Freud conceptualiza como “período de latencia”, marcando el fin de la sexualidad infantil y situado cronológicamente anterior al advenimiento de la oleada puberal. Por lo tanto, nos encontramos desde el inicio con una diferencia fundamental entre la noción de “fase” y la de “período”. Encontramos allí una ruptura fundamental entre estos dos tiempos de constitución del psiquismo. Si la “fase” en Freud nos otorgaba un modo de organización de la pulsión, ¿qué es lo que sucede con la pulsión en este período de latencia? Dice Freud que “El neonato trae consigo gérmenes de mociones sexuales que siguen desarrollándose durante cierto lapso, pero después sufren una progresiva sofocación”. Esta idea de sofocar nos trae una imagen particular que es la de un fuego al que

hay que impedir que se siga desarrollando. ¿Por qué se produce? ¿Esto implica que no hay sexualidad en la latencia?

Si nos desprendemos de una concepción endogenista, debemos situar que el inicio de la latencia está posibilitado por la instalación de un mecanismo estructurante del psiquismo humano, sin el cual no podríamos comprender el trabajo psíquico que caracteriza a este período. Se trata de la instalación de la represión, también conocida como represión secundaria o represión propiamente dicha (Freud, 1915).

Aquellas actividades psíquicas propias de la sexualidad infantil, cuyo ejercicio podía ser producido sin mayores miramientos, con el afán de buscar placer a partir de una descarga directa, se encuentran reguladas bajo el influjo del mecanismo de la represión. No se trata de una ausencia de sexualidad, porque en sí misma tal condición es inescindible del ser humano tal como es pensado por el psicoanálisis, pero sí debemos reconsiderar cuáles son los modos en los que se despliega el ejercicio pulsional del sujeto para sortear este mecanismo.

En su primera escritura de 3 ensayos, Freud encontrará 3 características principales que signan a la latencia: la sublimación, las inhibiciones sexuales y la formación reactiva. En relación a la sublimación dice Freud:

A expensas de las mociones sexuales infantiles mismas, cuyo influjo no ha cesado, pues, ni siquiera en este período de latencia, pero cuya energía -en su totalidad o en su mayor parte- es desviada del uso sexual y aplicada a otros fines. (Freud, 1905, p. 161)

De lo que se trata es de la posibilidad de un cambio de “meta” pulsional. Recordemos que la pulsión tiende exclusivamente a la satisfacción, y así lo seguirá haciendo, pero lo que plantea Freud aquí es que aquellas actividades que producían placer en el ejercicio de la sexualidad infantil deben hoy ser abandonadas a consecuencia de la instalación del mecanismo de la represión, y que la vía que encontrará cierta resolución de esa tensión será la de sustituir la meta sexual por una no sexual. Además,

Durante el período de latencia se edifican poderes anímicos que más tarde se presentarán como inhibiciones en el camino de la pulsión sexual y angostarán su curso a la manera de unos diques (el asco, el sentimiento de vergüenza, los reclamos ideales en lo estético y en lo moral). (Freud, 1905, p. 161)

Ubicamos su aparición incipiente más tempranamente, pero en el período de latencia los diques anímicos serán inhibidores de la sexualidad. Por otro lado, tenemos las “formaciones reactivas”. En el vocabulario de Laplanche y Pontalis (1996) se definen como la

Actitud o hábito psicológico de sentido opuesto a un deseo reprimido y que se ha constituido como reacción contra éste. En términos económicos, la formación reactiva es una contracatexis de un elemento consciente, de fuerza igual y dirección opuesta a la catexis inconsciente. Pueden ser muy

localizadas o generalizadas hasta constituir rasgos de carácter. (Laplanche & Pontalis, 1996, p. 162)

Este concepto nos permite hablar de los primeros contrainvestimientos, del establecimiento de una fuerza contraria a la actividad pulsional que ha devenido inconsciente con el establecimiento de la represión. Finalmente, agrega Freud que “De tiempo en tiempo irrumpe un bloque de exteriorización sexual que se ha sustraído a la sublimación, o cierta práctica sexual se conserva durante todo el período de latencia hasta el estallido reforzado de la pulsión sexual en la pubertad”. Lo que implica que el ejercicio de la sexualidad no se ha perdido, no se ha olvidado, ni se halla plenamente sofocado. Lo que sí resulta un parámetro es que estas irrupciones de la sexualidad que se sustraen a la sublimación constituirán la vida íntima del sujeto y su ejercicio será siempre en la propia intimidad.

Ahora bien, si nos quedamos con los postulados de *Tres Ensayos*, tenemos una visión un tanto acotada del período de latencia. Veremos a luz de los desarrollos posteriores cuáles son las consideraciones que debemos tener en cuenta para el trabajo psíquico propio de este período. Nos centraremos en los aportes de “*El Yo y el Ello*” escrito por Freud en 1924. Con la demolición del complejo de Edipo tiene que ser resignada la investidura del objeto primordial. Es, aquel objeto de la primera elección de amor que ubicamos en la fase fálica debe ser abandonado. Aquí se abren dos cuestiones, ¿por qué renunciar al objeto tan preciado al que se le dirigen mociones amorosas y pulsionales?, y a su vez ¿cuáles son las consecuencias de este abandono? El abandono del objeto de amor de la fase fálica debe ser comprendido en las constelaciones del Complejo de Edipo. Freud formula una “solución pragmática” al Edipo: lo que prima es la elección del sujeto por aquella parte del cuerpo narcisísticamente investida la que prevalece por sobre las mociones edípicas que la pondrían en peligro ante la angustia de castración. Si incurre en aquellas mociones deseantes prohibidas, lo que se pone en juego es su propia castración. Por eso, prevalece el interés narcisista. En cuanto a las consecuencias que esto conlleva, Freud postula que la conformación del carácter del yo es una sedimentación de las investiduras de objeto resignadas, por lo cual, contiene la historia de estas elecciones de objeto (Freud 1924), y menciona al comienzo del capítulo que

En otros textos se expusieron los motivos que nos movieron a suponer la existencia de un grado en el interior del yo, una diferenciación dentro de él, que ha de llamarse “ideal del yo” o “superyó”. Ante lo cual, no se renuncia al objeto sino es mediante una ganancia por otra vía: la identificación. Este mecanismo cobra un papel fundamental en el período de latencia, que conforma aquella instancia que se denomina “ideal del yo”. (Freud, 1924, p. 30)

Esta problemática es la que caracteriza al intenso trabajo psíquico de la latencia: el sepultamiento del complejo de Edipo, con la instalación de esta instancia psíquica secundaria: el superyó. El superyó será entonces la agencia representante del vínculo parental, erigido al interior del yo ante la renuncia edípica. Debemos destacar la idea de la “trasposición libidinal” (Freud, 1924, p. 32), en tanto nos permite un entendimiento más acabado de los mecanismos y

trabajo psíquico que caracterizan al período de latencia. Dice Freud que “la trasposición de libido de objeto en libido narcisista conlleva una resignación de las metas sexuales, una desexualización y, por tanto, una suerte de sublimación” (Freud, 1924, p. 32). Pero aquí se añade un elemento que es crucial para comprender la sublimación: la valoración narcisista, que adquiere la forma de una valoración social y un reconocimiento por parte de los otros. No se trata de la pérdida de toda satisfacción, sino una ganancia por otra vía, por la vía del yo mediante el reconocimiento social.

El desarrollo emocional: el pensamiento de Donald Winnicott

Donald Winnicott es un pediatra y psicoanalista que pertenece a la corriente psicoanalítica que se ha denominado “Escuela Inglesa”, cuyo mayor exponente es Melanie Klein. Al interior del movimiento psicoanalítico posfreudiano, durante década de 1940, se desarrolló un intenso debate teórico que había producido una división de aguas: por un lado, las teorizaciones de Anna Freud, hija de Sigmund Freud y representante de un enfoque psicoeducador; y por el otro, Melanie Klein, con su teoría de las relaciones objetales. Este autor se situó en lo que se conoció como “Middle Group” o “Grupo independiente”, el cual se mantenía al margen de tal polémica. Aunque indiscutiblemente influenciado y con una marcada inclinación, es un autor que no acepta la totalidad de las formulaciones kleinianas, sino que se destaca por la concreción de un edificio teórico auténtico. Donald Winnicott tiene en su trayectoria una intensa actividad clínica con niños, lo cual hace que sus formulaciones teóricas constituyan un aporte de suma importancia al campo del desarrollo infantil.

Uno de sus principales aportes a la teoría psicoanalítica fueron sus ideas en torno al desarrollo emocional de la criatura humana, en relación con un medio ambiente que toma un papel fundamental en dicho proceso. En su texto “*De la dependencia a la independencia en el desarrollo del individuo*”, Winnicott (1960) propone analizar el crecimiento en términos de cambio gradual. Son cambios que se van sucediendo a partir de un estado inicial de dependencia, hasta alcanzar la independencia. ¿Descarta Winnicott los aportes de Sigmund Freud? En absoluto. Aclara que, si bien su punto de interés estará puesto en este desarrollo emocional, sus formulaciones no contradicen ni invalidan los desarrollos freudianos en torno a la sexualidad infantil, sino que por el contrario enriquecen sus formulaciones.

Winnicott utiliza una metáfora para dilucidar este camino:

El paso de la dependencia a la independencia es equiparable a un viaje. Cada ser humano debe emprenderlo; muchos llegan hasta un punto no muy alejado de su destino, y alcanzan la independencia llevando en sí mismos un sentido social. (Winnicott, 1960, p. 100)

¿Qué quiere decir que la independencia lleva consigo un sentido social? ¿En qué se basa para pensar la independencia Winnicott? Para Winnicott es fundamental considerar que la independencia no implica aislamiento del medio social que lo rodea, “el adulto es capaz de

atender a sus propias necesidades sin por ello ser antisocial” (Winnicott, 1960, p. 100). Esta propuesta es interesante: el sujeto se encuentra inicialmente inmerso en un ambiente que será determinante para su maduración. El desarrollo va produciendo progresivamente un sujeto que adquiere un saber sobre sí mismo, una “espontaneidad” (Winnicott, 1960, p. 100), que lo hace un sujeto único e irreplicable. A la vez, el desarrollo produce que pueda relacionarse con este medio ambiente, hacer uso de ese medio ambiente, con fines sociales.

Entre “dependencia e independencia”, Winnicott usará 3 categorías para explicar el proceso de maduración: dependencia absoluta; dependencia relativa; hacia la independencia.

Veamos de qué se trata la dependencia absoluta. Al principio la criatura depende por completo de la provisión física aportada por la madre. Del lado del niño hay una paradoja: “es a la vez dependiente e independiente”. ¿Qué quiere decir con esto Winnicott? ¿Cuál es la relación que plantea entre lo “heredado” y el “medio ambiente facilitador”? Freud nos habla de “desvalimiento”, esa necesidad de auxilio de un otro para la supervivencia. Lo que aquí plantea Winnicott es que para que los procesos de desarrollo marchen, incluso con todo el bagaje genético-biológico con el que se dispone al nacer, se necesita del auxilio ajeno, cosa que él llama “medio ambiente”. Pero debemos ser cuidadosos, porque no es que el medio ambiente lo determine por completo, sino que le permite realizar su potencial. La idea de que “Una madre y un padre no producen un bebé como el alfarero un jarrón” (Winnicott, 1971) nos habla de esta imposibilidad de determinación absoluta. Esto es muy importante para comprender a Winnicott, porque plantea la idea de un “huésped” que no depende de la creación de los padres. Incluso dice “Los padres dependen de las tendencias heredadas por la criatura” (Winnicott, 1960, p. 102), por lo que pone el acento no solo en el niño, no sólo en los procesos y las vicisitudes que debe atravesar la criatura, sino también el intenso trabajo de los padres. Aquí el trabajo es recíproco. “Los padres pueden hacer mucho. Puede proveer lo necesario para que el niño esté sano, en el sentido de que alcance la madurez propia de cada etapa de su vida” (Winnicott, 1960, p. 102). Frente a la inexistencia de libretos, Winnicott aquí nos habla de algo muy interesante: de una disponibilidad por parte de los cuidadores, de una tarea a la cual deben abocarse ávidamente para que las cosas marchen.

¿Quién constituye el “medio ambiente facilitador”? Winnicott dice que será la madre y quienes brinden sus apoyos. Postula un estado especial de la madre al que llama “preocupación maternal primaria”. En los primerísimos tiempos de vida del niño, se entrega a la tarea del cuidado. Tal es así que el niño parece formar parte de ella. La madre se halla identificada con el bebé y sabe muy bien cómo se siente, para ello aprovecha sus propias experiencias inconscientes de cuando era bebé también. De esta manera, la madre se halla en estado de dependencia y de vulnerabilidad, en tanto puede identificarse con el desvalimiento, con el desamparo, y que como tal, remitida al suyo propio, puede propiciar respuestas que sostengan a ese bebé. “Nadie es capaz de sostener un bebé en brazos si no se identifica con él” (Winnicott, 1960, p. 103). Ahora bien, ¿el bebé es consciente de esta provisión materna? ¿Es consciente de algo? Si bien desde el observador externo podemos admitir el encuentro entre dos sujetos, tal no es la experiencia del bebé, en tanto no es consciente de la provisión externa de cuidados. La dependencia absoluta se sostiene entonces en la “preocupación maternal primaria” que asegura la “continuidad existencial” de la criatura. “Todas las fallas,

amenazas, conflictos o fallos de adaptación suscitan en la criatura una reacción que trunca la citada continuidad” (Winnicott, 1960, p. 103). La mismidad del ser se edifica entonces en una serie de experiencias gratificantes propiciadas por la continuidad del auxilio ajeno.

Fíjense aquí, una observación que hace Winnicott: “la criatura no tarda en encontrarle gusto a dar patadas y en obtener algo positivo de las rabietas causadas por lo que podríamos denominar ‘pequeños fallos de adaptación’” (Winnicott, 1960, p. 104). ¿De qué nos está hablando? ¿Quién produce estos fallos en la adaptación? ¿Se debe a que el bebé tiene una dificultad de adaptarse? Continúa: “La madre ya empieza a reemprender su propia vida, que a la larga se independiza relativamente de las necesidades de su criatura” (Winnicott, 1960, p. 104). La madre tiene que saber ir fallando poco a poco en lo que hace a la adaptación sensible. Deberá darle “motivos de enfado”, ya que desde su concepción hay una agresión que es innata, y que debe ser posible de volcar en aquellas situaciones en que se produce esa desadaptación. Estas fallas son normales y necesarias para el proceso de maduración.

Con el comienzo de estas fallas adaptativas, se da comienzo a la “dependencia relativa”. Winnicott marca este pasaje de una manera interesante, nombra a esta categoría como “la que el niño puede conocer algo”. ¿Qué es lo que conocerá el niño que en la dependencia absoluta no lo hacía?

La dependencia relativa consiste en una fase de la adaptación en la que esta va disminuyendo poco a poco. La gran mayoría de las madres están capacitadas para portar una desadaptación gradual acoplada con la rapidez con la que el niño vaya haciendo progresos. (Winnicott, 1960, p. 104)

Sigamos el ejercicio que nos propone Winnicott: imaginen a una criatura en espera de ser alimentada. Llegará un tiempo en que la criatura sabrá esperar unos minutos porque los ruidos que le llegan de la cocina anuncian la pronta aparición de la comida. En lugar de excitarse, la criatura aplica progresivamente su “capacidad de espera”. ¿Se dan cuenta de lo que implica este pasaje? En un primer estado de las cosas, tenemos a un bebé que no es consciente del medio-ambiente facilitador, pero este le provee de todo lo necesario para su desarrollo. Gradualmente, esta adaptación (de la madre al bebé) va disminuyendo progresivamente y marca allí Winnicott algo interesante: “puede conocer algo” y se introducen “tiempos de espera”. La criatura empieza a ser consciente de su dependencia: “cuando la madre permanece alejada durante un período superior a la capacidad de la criatura para creer en su supervivencia, la angustia hace presencia, lo cual es el primer indicio de que la criatura es consciente” (Winnicott, 1960, p. 105).

Finalmente, Winnicott plantea:

Las tendencias integradoras del pequeño producen un interior y un exterior, aparte de ser una persona que vive dentro de un cuerpo, más o menos limitado por la piel. Una vez que el exterior significa un ‘no-yo’, el interior significa un ‘yo’, con lo cual se cuenta con un lugar donde guardar cosas. En la fantasía del niño, la realidad psíquica personal se sitúa dentro. (Winnicott, 1960, p. 109)

Es esta diferencia, entre un Yo y un No-Yo, la que funda un espacio interior y otro exterior. “Ahora el niño no es sólo un creador potencial del mundo, sino que además es capaz de poblarlo con muestras de su propia vida interior” (Winnicott, 1960, p. 109). El niño empieza a adquirir un dominio progresivo sobre los acontecimientos externos, al mismo tiempo que puede ir enriqueciendo su funcionamiento interno, su propia personalidad.

Finalmente, hacia la independencia. ¿Por qué Winnicott, a diferencia de las demás, no la plantea como una categoría conclusiva? Porque la “verdadera independencia” será para el autor hallarse en situación de vivir una existencia personal satisfactoria, sin desconocer que se encuentra envuelto en los asuntos de la sociedad. Mediante círculos cada vez más amplios de la vida social, el niño se identifica con la sociedad: se va viendo poco a poco capacitado para enfrentarse con el mundo y todas sus complejidades.

Concluido este viaje que nos plantea Winnicott por las tres categorías, pensemos en la siguiente frase: “Ahora el niño no es sólo un creador potencial del mundo, sino que además es capaz de poblarlo con muestras de su propia vida interior” (Winnicott, 1960, p. 109). ¿De qué nos habla cuando nombra al niño como “creador” del mundo? ¿En qué momento puede poblar ese mundo con aspectos de su interioridad? Para poder tener una comprensión más acabada, nos basaremos en otros de los aportes fundamentales en la obra de Winnicott: el objeto y el fenómeno transicional, tal como es desarrollado en su libro *Realidad y Juego* (Winnicott, 1971).

La primera frase que rescatamos de Winnicott resulta bastante enigmática, pero nos introduce en el desarrollo de sus hipótesis principales en torno al tema del objeto transicional: “Existe una relación entre el puño que el bebé se lleva a la boca y el juego con un muñeco” (Winnicott, 1971, p. 17). El puño en la boca representa lo que Freud conceptualiza como del orden de la sexualidad infantil autoerótica, y lo que Winnicott nos invita a pensar es que tiene alguna relación con lo que será luego el jugar, intermediando con el objeto transicional.

¿Qué es un objeto transicional? Desde el punto de vista del observador, será aquel objeto que se le ofrece a la criatura, un osito o una mantita, por ejemplo, que este tomará como predilecto. Es fácilmente observable que el bebé lo acuna con afecto. Estas pautas pueden persistir en la niñez, de modo que aquel objeto blando de la infancia siga siendo imprescindible, por ejemplo, a la hora de irse a dormir. ¿Qué es lo que capta Winnicott con este fenómeno observable? ¿Cuál es el valor que tiene el Objeto transicional para el desarrollo emocional del bebé? El Objeto transicional será para Winnicott la primera posesión no-yo. Esto es algo fundamental, porque en la perspectiva de este autor partimos desde un estado de “indiferenciación” en que se halla el bebé, y progresivamente irá adquiriendo un mayor grado de “diferenciación”. Por lo tanto, el Objeto Transicional representa la primera posibilidad de establecer una incipiente diferenciación de aquello que corresponde al “Yo” y lo que no corresponde al mismo, el “No-yo”.

El estudio minucioso del Objeto Transicional lleva a introducirnos en un modelo de pensamiento que desafía la lógica clásica, en tanto se presentan como contradicciones que constituyen la esencia del fenómeno mismo. Winnicott nos propone una serie de *paradojas*, no

sólo en este texto, sino también a lo largo de toda su obra, sobre las que será necesario reflexionar y desanudarlas para poder comprenderlas en su espesor.

El Objeto Transicional tendrá las siguientes características *-paradojales-* principales:

- 1) La naturaleza del objeto es exterior, pertenece al conjunto de las cosas. Sin embargo, esto no es así para el bebé.
- 2) El objeto transicional representa al pecho materno. Sin embargo, es tan importante que lo represente como que no sea el pecho materno.
- 3) No se ubica en la realidad exterior, pero tampoco en la realidad interior. Pertenece a lo que Winnicott conceptualiza como “Zona intermedia de experiencias”.

¿A qué se está refiriendo Winnicott con todo esto? Sostengamos esta incertidumbre por un momento para revisar las teorizaciones sobre la ilusión y la desilusión, relevo necesario para acercarnos luego al objeto transicional y los fenómenos transicionales.

El estado inicial del bebé, tal como lo conceptualizamos anteriormente, es de “dependencia absoluta”, se encuentra en un estado de necesidad de amparo para el mantenimiento de su vida. La preocupación maternal primaria es lo que permite que un cuidador externo esté completamente disponible, incluso Winnicott dice adaptación al 100% hacia las necesidades del niño. Es una adaptación total aquellas primeras experiencias del bebé. Lo interesante es que el bebé no tiene la capacidad de percibir que estos cuidados provienen del exterior. Por lo tanto, la adaptación produce la ilusión en el bebé de que aquello que existe en una realidad exterior corresponde a su propia capacidad de crear. “La madre coloca su pecho en el lugar que el bebé está pronto para crear, y en el momento oportuno” (Winnicott, 1971, p. 28). Lo esencial que debemos retener es que la ilusión le otorga al bebé la posibilidad de un ejercicio de creatividad omnipotente, en el que no se reconoce a la exterioridad como tal. Winnicott dirá que no hay intercambio entre el bebé y la madre, ¿se dan cuenta por qué afirma esto? Allí donde el observador puede vislumbrar dos seres humanos en interacción, esto no coincide en absoluto con la realidad del bebé, quien crea omnipotentemente el objeto que satisface sus necesidades.

Si las cosas marchan en el carril de lo esperable, esta ilusión total, completa y omnipotente está destinada a progresivamente ser suplantada. La principal tarea de una “Madre suficientemente buena” consiste en desilusionarlo. ¿Hace esto la madre con una intención deliberada? Por supuesto que no, es un proceso gradual que se acompaña a contrapunto de las capacidades del bebé para tolerar estas desadaptaciones graduales. Madre suficientemente buena es la que falla, la que lleva adelante la adaptación activa a las necesidades de la criatura y que la disminuye poco a poco. Comienza con una adaptación casi total a las necesidades del hijo, y se adapta gradualmente en forma menos completa, en consonancia con las crecientes capacidades de su hijo paralelo.

Retomemos ahora al Objeto y el Fenómeno Transicional. Mencionamos que es la primera posesión “no-yo” y representa al pecho materno, es decir, al objeto de la primera relación. Decíamos que cuando la adaptación a las necesidades del bebé es lo bastante buena, produce en éste la ilusión de que existe una realidad exterior que corresponde a su propia capacidad de crear. Pero con la progresiva desilusión, que implica romper con el control omnipotente y

mágico que regía hasta este momento, se introduce lo que Freud denomina el “principio de realidad”. Es a partir de estos novedosos “tiempos de espera”, producto de la desadaptación gradual, que se introduce a la criatura en la percatación del mundo exterior para la búsqueda de la satisfacción. Sin embargo, y más aún en este estado de situación, el bebé deberá resguardarse en lo que será siempre una zona neutral de experiencias que no será atacada. La “Zona intermedia de experiencia” es una terceridad que Winnicott distingue, en la que contribuyen tanto la realidad interna como la realidad externa. Ahora estamos en posibilidad de inteligir la importancia que el Objeto Transicional represente al pecho materno, a esa relación primaria, a la vez que no lo sea. Se ubica en la Zona Intermedia de experiencias, en tanto allí pervive la posibilidad de conservar aquellas características propias de la relación primaria con la madre, que no es otra cosa que aquello que compone su realidad interna, a la vez que se “objetiviza” en un aspecto material diferente a ella, perteneciente al mundo de los objetos compartidos.

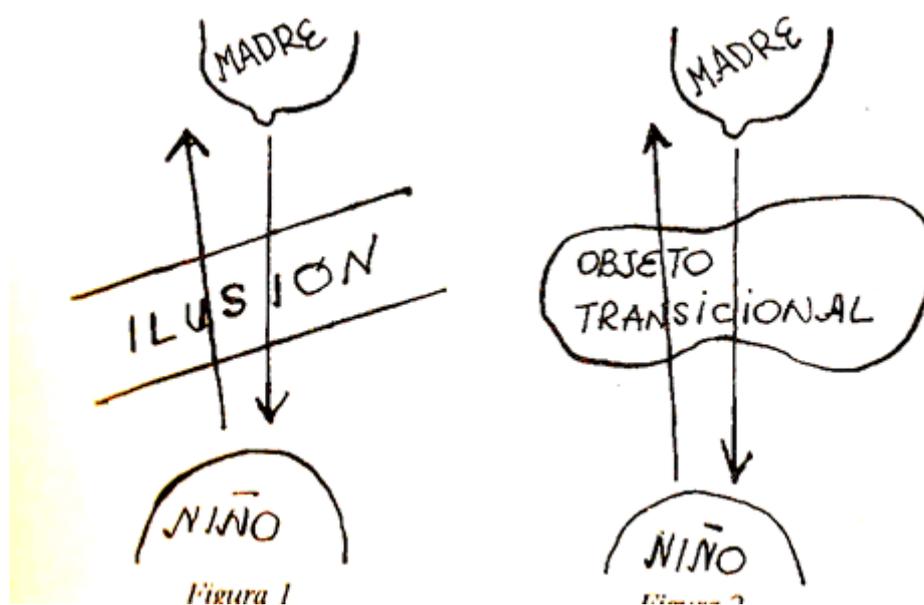


Ilustración extraída del capítulo “Objetos y fenómenos transicionales” en Realidad y Juego.

Winnicott, 1971.

El Objeto Transicional no es entonces un objeto interno o un concepto mental, sino una posesión. Sin embargo, para el bebé tampoco resulta en un objeto exterior. Representa al objeto interno, pero lo esencial es que escapa de su dominio mágico, puede resistir a las tendencias del bebé, en especial aquellas agresivas que lo destruirían. Es decir, que se ubican entre aquella capacidad creativa mágica y omnipotente, y la percepción objetiva de la realidad exterior. Son estos objetos los que permiten recuperar algo de aquella experiencia ilusoria de los primeros tiempos, y tolerar así las frustraciones y las ansiedades propias de la realidad exterior.

El desarrollo emocional: los aportes de Margaret Mahler

¿De dónde parte esta autora para explicar el desarrollo emocional? Dirá en principio que el nacimiento biológico del infante humano y el nacimiento psicológico no coinciden en el tiempo. ¿Qué es entonces el nacimiento psicológico? Mahler señala que la experiencia adulta de ser, creer y sentirse “sí-mismo”, como alguien que está plenamente “en” y a la vez separado del mundo que está allí afuera, resulta de un proceso de lento desarrollo. El “nacimiento psicológico” es concomitante al “proceso de separación individuación”, cuyo corolario será el establecimiento de un sentimiento de separación respecto del mundo y de una relación con él.

Tengamos esto en consideración: si nos habla de un proceso de “separación-individuación”, es porque se presupone una anterior “fusión-indiferenciación”. Es decir, para Mahler el estado inicial en el que se encuentra un bebé no es de una relación, no hay un intercambio entre dos. Se parte de un estado de fusión “simbiótica” cuyo resultado, tras un proceso lento y progresivo, será la separación y la individuación. El “logro” final de este proceso será “un funcionamiento separado en presencia de la madre y con la disponibilidad emocional de esta”, podríamos agregar, frente a las amenazas de pérdida del objeto.

La separación y la individuación se conciben como dos líneas del desarrollo complementarias. Si bien pueden correr por carriles separados, se imbrican en su proceso, se interrelacionan y retroalimentan. Mahler dice algo interesante: “Se entrelazan con los procesos evolutivos, pero no son idénticos a ellos”, ¿qué quiere decir esto? ¿El proceso de separación e individuación remite exclusivamente a las líneas de posibilidades inscriptas en la maduración biológica? No se trata del despliegue de lo inscripto en los genes, ni de la espera de la maduración de algunas partes del cuerpo que permitan funciones complejas como el gateo, la prensión fina o la marcha libre. Como iremos vislumbrando a lo largo de sus desarrollos, Mahler considera a la madre, en tanto cuidador externo del bebé, como un agente primordial en este proceso. Además, lo primordial de este proceso es que implica un logro psíquico, la separación consiste en la emergencia del niño de una fusión simbiótica con la madre, debemos entenderlo como “un sentimiento de separación”; mientras que la individuación consiste en los logros que jalonan la asunción por parte del niño de sus propias características individuales.

Los eventos de la separación y la individuación configuran las organizaciones más importantes de la vida intrapsíquica. La teoría de Mahler está formulada en base a la observación de la conducta de los bebés con sus madres, y es a partir de esta base que realiza una inferencia de los estados afectivos-cognitivos del infante. Las formulaciones psicoanalíticas que le permiten realizar estos saltos inferenciales refieren a dos conceptos principales: la adaptación y la relación de objeto.

¿De qué se vale Mahler para hablar de adaptación? Toma los aportes de la “Psicología del yo”, especialmente de H. Hartmann. Esta teoría tiene como parámetro principal aquellos aspectos del yo que se hallan libres de conflicto, que son los que se adaptan al medio circundante. Se conservaría en el yo una esfera libre de conflictos que posibilita la relación recíproca entre el organismo y su medio. “Desde el comienzo el niño se moldea y despliega en la matriz de la unidad dual madre-infante” (Mahler, 1974, p. 15). Situada en el trabajo con infantes, dice que la idea de adaptación se impone a la observación. La capacidad adaptativa

del niño, como material fresco y maleable, y su necesidad de adaptación es mucho mayor que la de la madre. El bebé se configura en armonía y contrapunto con las maneras y estilo de la madre, sea que ésta proporcione por su parte un objeto “sano” o “patológico” para la adaptación. El bebé nace en la cresta de las exigencias de adaptación que se le imponen, y a raíz de su maleabilidad, se deja conformar por el ambiente y puede amoldarse a ese ambiente.

Mahler considera sus propios desarrollos como “suplementarios” a los de las teorías de la relación objetal. El prerrequisito necesario para una auténtica relación objetal es la conciencia de la separación, concomitante con el desarrollo de los aparatos del yo y de la prueba de realidad. Tales circunstancias no se dan desde el comienzo de la vida, sino que resultan de todo el proceso de separación e individuación.

Antes de comenzar... “Los preludios del proceso de separación-individuación”. Si el nacimiento psicológico se produce con el inicio del proceso de separación-individuación, pero dijimos que éste no es coincidente con el nacimiento biológico, ¿con qué nos encontramos en este tiempo anterior? En primera instancia, tenemos la fase autística normal, como aquello que define a los primeros días del recién nacido. Hay una prevalencia de estados somniformes que se asemeja a la vida intrauterina. Predominan los procesos fisiológicos, la tarea acuciante es el logro del equilibrio homeostático del organismo dentro del ambiente extrauterino. Para ello se vale de su “equipo de autonomía primaria”, mecanismos somatopsíquicos fisiológicos que funcionan respondiendo al sistema nervioso central, como por ejemplo, los reflejos.

Se presenta como un sistema monádico cerrado, autosuficiente en su realización alucinatoria de deseos. ¿Qué implica esto? Que no hay un reconocimiento de la exterioridad como tal por parte del bebé. Si bien hay aflujos excitatorios y respuestas-reflejo, no hay conciencia ni registro de todo ello. La autora lo describe como una “ausencia de catexia de los estímulos externos”. Por lo cual, la satisfacción de sus necesidades pertenece a su propia órbita, sin el auxilio ajeno, omnipotente y autística.

¿Recuerdan que mencionamos que no es suficiente pensar que el proceso de desarrollo emocional se produce como consecuencia de un programa biológico innato? Mahler rescata que “es la maternación lo que saca gradualmente al infante de su tendencia innata a la regresión vegetativa, esplácnica, y promueve la conciencia sensorial del ambiente y del contacto con él” (Mahler, 1974, p. 54). Por lo cual, vemos aquí el importante lugar que tendrá la madre en las formulaciones de Mahler, en tanto es la que permitirá que toda esa concentración de energía que se halla en la órbita autística se desplace progresivamente hacia la periferia. Sólo de esta manera es posible ese traspaso de un narcisismo primario absoluto marcado por la inexistencia, por parte del infante, de una exterioridad, a un estadio en que hay una incipiente conciencia fuera del sí-mismo.

A partir de estos primerísimos logros, se inicia la fase simbiótica normal. Prestemos atención a cómo elige denominarla Mahler. “Normal” hace referencia a que es supuesta en el desarrollo de todos los individuos, mientras que la “Simbiosis” es una metáfora tomada de las Ciencias Biológicas, que alude a la unión de dos organismos para beneficiarse en su desarrollo vital. Lo esencial es que en la fase anterior tenía un caparazón autístico que comienza a resquebrajarse. Se produce un “giro catéxico”, es decir un desplazamiento de la energía libidinal que antes se concentraba en el cuerpo propio y ahora envuelve a la “madre-hijo” en

una unidad dual. Se reinventa el escudo protector, receptivo y selectivo de los estímulos que pueden ingresar. El rasgo esencial de la simbiosis es “la fusión somatopsíquica omnipotente, alucinatoria o delusiva, con la representación de la madre” (Mahler, 1974, p. 57). Allí donde el observador ve dos individuos físicamente separados, la fase simbiótica nos presenta la ilusión de que existe entre ellos un límite común. Aparece un indicador fundamental del desarrollo: la sonrisa social inespecífica. El encuentro mirada a mirada, en el que el bebé reconoce una *gestalt*, un percepto significativo al cual sonrío. Esta respuesta señala la entrada en el estadio de la relación con un objeto que satisface las necesidades. El infante comienza a percibir la satisfacción de sus necesidades como provenientes del objeto-parte exterior, aunque todavía se halla dentro de la órbita de la unidad dual omnipotente y simbiótica.

Antes de comenzar con el proceso de separación-individuación, les propongo que podamos revisar cuál es el logro final del mismo, situado por Mahler alrededor de los 36 meses. ¿Por qué comenzar por el final? Para poder visualizar qué es lo que Mahler está intentando teorizar con claridad. Su preocupación gira en torno a un punto específico, al logro del sentimiento de separación que lo denominará como “constancia objetal emocional”, cuyo establecimiento depende de la gradual internalización de una imagen constante y positivamente catexiada (investida libidinalmente) de la madre. Se trata del logro de una representación, pero sólo es posible a partir de la constitución concomitante de los límites del yo, lo cual permite que el niño funcione separadamente de la madre. La constancia objetal emocional se basa en el logro cognitivo del objeto permanente piagetiano, pero no es suficiente para dar cuenta de la misma. Implica, más que el mantenimiento de la representación del objeto de amor ausente, la unificación del objeto “bueno” y “malo” en una representación total. Esto promueve la fusión de impulsos agresivos y libidinales que anteriormente se encontraban desenlazados.

Ahora que conocemos hacia donde apunta el interés de esta autora, veamos cómo describe el trabajoso proceso que permite la consolidación de la constancia objetal emocional. El proceso de separación-individuación se divide para su comprensión en cuatro subfases. En cada una de ellas, consecutivas entre sí, se agrupa una serie de observables que dan cuenta, a partir de las inferencias realizadas, del trabajo psíquico que se pone en juego.

La primera subfase se denomina “La diferenciación y el desarrollo de la imagen corporal”, la cual se da entre los 4 y 5 meses de edad. Recordemos que nos encontrábamos en el apogeo de la simbiosis, por lo cual el comienzo del proceso de separación individuación estará signado por el comienzo de “la ruptura del cascarón”, de la unidad dual indiferenciada bebé-madre. Tal ruptura no es de una vez y para siempre, sino que implicará un largo camino aproximativo, en el que se irá modificando el vínculo que tiene el bebé con la realidad y a su vez con el objeto interno, con la representación de esa relación que se forjó en la simbiosis. Una de las manifestaciones principales que denota tal ruptura es la transformación gradual de la sonrisa social inespecífica, a una respuesta específica, preferencial de sonrisa a la madre, signo crucial de que se ha establecido un vínculo. Otros observables son una novedosa apariencia de alerta, insistencia y orientación hacia fines.

Alrededor de los 6 meses, son visibles signos de experimentación con la separación-individuación: tira del cabello, la nariz, los anteojos de la madre, pone su cuerpo tenso, se distancia del torso de quien lo sostiene, la contempla desde mayor lejanía. Todo este abandono

de la pasividad y amoldamiento que el bebé tenía en brazos de su madre indica que comienza a diferenciar su propio cuerpo del de la madre. El bebé hace un prolijo examen comparativo: delimita todo aquello que es “madre” de lo que no lo es, es decir, lo familiar de lo no familiar. Retomando a Winnicott, ubica también en esta primera subfase la aparición de las pautas transiciones, en la que confluyen todos estos logros propios de la ruptura del cascarón con la delimitación incipiente del yo respecto del no-yo.

Finalmente, ubica a los 8 meses, tomando los aportes de Spitz, la “ansiedad ante extraños”. Se trata de una respuesta frente al encuentro con lo “no-madre”, aquello que no es familiar frente al examen de la realidad, una “inspección de aduana” en tanto aquella actividad visual y táctil muy prolija que realiza el bebé. Es muy interesante lo que dice Mahler al respecto: “En niños que han tenido una fase simbiótica óptima y en los que ha prevalecido una “expectativa confiada”, la curiosidad y el asombro, discernibles en nuestro ambiente de verificación, son los elementos predominantes en su examen de los extraños” (Mahler, 1974, p. 70). ¿Se dan cuenta la importancia que tiene esta primera relación para estas teorizaciones? Es desde ese núcleo simbiótico normal que parte el intenso trabajo de separación-individuación, en el que se irán imbricando aspectos madurativos del cuerpo, pero cuyo despliegue no será suficiente para explicar los procesos del desarrollo.

La segunda subfase se nomina “ejercitación locomotriz”, que se dividirá en dos: una primera fase de ejercitación, seguido del período de ejercitación propiamente dicho, caracterizado por la locomoción vertical libre.

Debemos considerar 3 factores fundamentales: la diferenciación corporal de la madre, cuyos comienzos situábamos en la subfase anterior; el establecimiento de un vínculo con ella; el desarrollo y funcionamiento de los aparatos autónomos del yo, en estrecha relación y proximidad con la madre en estos primeros periodos. ¿Por qué es importante considerar estas diferentes variables? Porque no debemos perder de vista que la maduración biológica de las partes del cuerpo, por ejemplo para posibilitar el gateo o la marcha, constituyen un factor necesario pero no suficiente. No podemos dejar de tener en cuenta que el *ejercicio locomotriz* no se da naturalmente por sí solo, pero tampoco se reduce a la educación de una habilidad, sino que interfieren en este proceso los modos en que se produce la separación-individuación. Es decir, debemos considerar que el desarrollo emocional, la posibilidad de disponer una vinculación con la madre que permita el despliegue de estas capacidades, son parte esencial de estos hitos en el desarrollo.

Es notorio que se produce una expansión del interés del infante más allá de su madre. La ejercitación se inaugura con la capacidad de alejarse físicamente de la madre a partir del gateo, lo cual amplía el mundo del niño. Tiene ahora un rol más activo en determinar por sí mismo la cercanía o lejanía que tiene con su madre, pero resulta de ello la exposición repentina a un segmento más amplio de la realidad: más para ver, para oír y para tocar.

¿Qué es lo que observa Mahler? A partir del proceso de maduración de su aparato locomotor, comienza a aventurarse alejándose cada vez más de la madre. Está tan absorbido en sus nuevas capacidades que por periodos parece olvidar la presencia materna. Sin embargo, vuelve consecutivamente a ella, necesita después de cierto periodo de esa proximidad física con la madre. Esto es lo que va estableciendo una “distancia óptima”, en la

que el bebé puede realizar estas ejercitaciones exploratorias si se encuentra a determinada distancia de la madre y puede volver a ella. La madre permanece estable como “base de operaciones” que permite el reabastecimiento mediante el contacto físico. ¿Se dan cuenta de lo que está ocurriendo aquí? Ese vínculo primario aún no se halla internalizado, ante lo cual la provisión de contacto físico resulta ineludible para el pequeño deambulador, es su “recarga emocional”. Durante esta subfase, no quieren perder de vista a su madre, sufren un notable incremento de la ansiedad de separación. Esto se debe a que son capaces físicamente de independizarse de la madre, pero aún necesitan de la provisión de contacto directo para su restablecimiento emocional.

Por su parte, la subfase de ejercitación propiamente dicha, que se da entre los 10 y los 18 meses, se inaugura con la locomoción vertical. Este es para Mahler el paso máximo en la individuación humana. El niño descubre una nueva perspectiva y se halla en un estado de “idilio con el mundo”. El narcisismo alcanza su nivel máximo, en tanto toda la energía libidinal estará puesta en las funciones autónomas del yo. Las habilidades motrices de la ejercitación se aplican a la exploración del mundo, se expanden sus propias funciones a la vez que se amplían su realidad. La marcha proporciona al deambulador un enorme aumento de descubrimientos y pruebas de realidad, pero concomitante la madre deberá renunciar a la posesión del cuerpo del infante y deberá ofrecerse como el apoyo emocional fundamental del niño. El regocijo del deambulador es tal que resultan impermeables a los golpes y las caídas, solo se produce una “bajada de tono” cuando se dan cuenta que la madre no está presente, y sólo es posible su reabastecimiento emocional con su contacto físico.

La tercera subfase es la de “acercamiento”. Aquí nos encontramos con el estadio final de la “ruptura del cascarón”, el deambulador alcanza a construir una identidad “individualizada”, es decir, se reconoce como una entidad separada de la madre. Sin embargo, aún no se ha constituido el objeto interno. Por lo cual, junto con el incremento y uso cada vez más consciente de la separación física, también a consecuencia del desarrollo cognitivo-perceptual, se da un notable incremento de la frustración y un aumento de la ansiedad de separación con la madre. La falta de interés relativa por la presencia de la madre de la subfase anterior es reemplazada por una activa búsqueda constante de la madre y en conductas de acercamiento. A mayor incremento de su consciencia de separación, mayor necesidad de compartir con la madre todas sus nuevas habilidades y experiencias, así como también una gran necesidad de amor objetal por temor a perderlo. “La consciencia de separación que tiene el niño le está causando gran tensión: el niño intenta aferrarse a la madre tratando de responder a cada movimiento y variación del ánimo de esta, y planteándole además insistentes exigencias” (Mahler, 1974, p. 103). El papel que cumple la madre es fundamental, en tanto deberá aceptar la ambivalencia con la que se comparte el pequeño deambulador. Mahler dirá que la madre deberá estar “serenamente disponible” como un polo de abastecimiento libidinal para el niño. Si comparte sus hazañas, si responde al juego con juego, si facilita la identificación del niño, la internalización de la relación madre-niño puede progresar hasta la aparición de la comunicación verbal, aunque en sus comienzos sea a través de la conducta gestual, una afectomovilidad. “Un suave empujoncito a alentararlo hacia la independencia es de enorme utilidad. Puede incluso ser un elemento *sine qua non* de la individuación normal” (Mahler, 1974,

p. 94). Se expresan en el niño un intenso deseo de reencuentro con el objeto de amor y a su vez el temor del niño que ese objeto lo “reengolfe”. El observable que permite hacer esta inferencia son las pautas de seguimiento y huida con la madre.

El acercamiento puede a su vez ser dividido en dos partes para su análisis: el comienzo del acercamiento y la crisis del acercamiento. Alrededor de los 15 meses, la madre deja de ser una “base de operaciones” y se vuelve aquella persona con la que se quiere compartir todos los descubrimientos del mundo. Este es el comienzo del acercamiento en el que el niño no parece reconocer a la madre como una persona separada. La consciencia de separación trae aparejada el reconocer que los propios deseos no son idénticos a los de su madre, destituyendo así el sentimiento de grandeza y omnipotencia que portaba el deambulador. Otro observable llamativo de este momento es que empiezan a aparecer conductas de imitación, lo cual da cuenta del proceso de identificación con otros niños y de la expansión de la esfera de las interacciones sociales que adquiere radical importancia.

La crisis de acercamiento inicia alrededor de los 18 meses, y se evidencia por un incremento notorio de la ansiedad al ejercitar su autonomía. En término de observación la autora lo describe como una ambitendencia: se aleja de la madre y luego quiere aferrarse a ella. Inferencia mediante, podemos decir que se basa en un deseo característico de la “ambivalencia” propia de los niños de esta subfase. Repentinamente, los niños eran asaltados por agudas ansiedades de que su madre se hubiera ido. ¿Por qué ocurre este fenómeno? El deseo de funcionar mediante su propio yo, con mayor autonomía, puede resultar amenazador para el niño, en tanto su deseo de autonomía podría significar también emocionalmente que la madre querría dejarlo. Se trata de un resurgimiento de la reacción ante extraños, como consecuencia de la ambivalencia propia de los niños, en la que el máximo ejercicio de sus funciones autónomas lo enfrentan a la posibilidad de la pérdida del objeto. A pesar de que cognitivamente podría comprender que los objetos existen a pesar de que no los esté viendo, la ausencia de la madre desataba la reacción de ansiedad. Alrededor de los 21 meses se observa lo que Mahler denomina un “moldeamiento del acercamiento” mediante el establecimiento de una distancia óptima respecto a su madre. Hay elementos de la individuación, como el desarrollo del lenguaje, la internalización de reglas y exigencias, como así también la capacidad de expresar deseos y fantasías mediante el juego simbólico. Es en este punto donde las diferencias individuales en cada niño adquieren características más singulares, ya no es posible agrupar uniformemente un grupo de conductas.

Finalmente, la última subfase del proceso de separación-individuación es “la consolidación de la individualidad y los comienzos de la constancia objetal emocional”. Recordemos que lo característico de la subfase anterior es la “ambitendencia”, en la que se evidencian conductas de huida, pero también un repentino acercamiento con una creciente ansiedad de separación. Ya que si bien el niño se encuentra en el apogeo del ejercicio de sus funciones autónomas, no se ha internalizado el objeto-madre, por lo que requiere de su contacto físico. A su vez, se ha escindido el mundo en objeto “bueno”, las experiencias gratificadoras, y objeto “malo”, aquellas que producen frustración. Su propia agresividad lo enfrenta a un riesgo constante de pérdida del objeto de amor. Decíamos al comienzo de este apartado que la constancia objetal emocional es el corolario de todo el proceso de separación-individuación. Es un logro

intraprésíquico, en el que paralelamente se establecen los límites del yo y se constituye una representación interna estable y positivamente catexiada de la madre. No solo de los aspectos “buenos”, ya que el objeto se unifica en una representación total en la que también se integran los aspectos “malos”. Esto debe ser entendido con cautela: la madre no es sólo un objeto de la realidad física. Cuando nos referimos a la internalización y la constancia objetal, estamos hablando de un “objeto” interno. Es decir, un objeto -internalizado- “mediante el cual se logra la gratificación de impulsos” (Mahler, 1974, p. 126). Concluye Mahler este recorrido indicando que la imagen interna o la representación intraprésíquica de la madre debe llegar a estar más o menos disponible en el curso del tercer año, para así permitirle funcionar al niño autónomamente, en ausencia física de la madre. Se trata del logro de poder estar solo, aún en presencia de la madre, y a su vez, estar acompañado en los momentos en que se ausenta.

El desarrollo psicomotor: bases teóricas y enfoques actuales

¿A qué nos referimos cuando hablamos de desarrollo psicomotor? ¿Por qué estas consideraciones serían importantes para la Psicología Evolutiva? Y, por otro lado, ¿Hay algún punto de encuentro entre los hitos del desarrollo psicomotor y el psicoanálisis? ¿Existe la posibilidad de que haya un cuerpo sin psiquismo?

Comencemos con 2 puntos a destacar de R. Spitz -psicoanalista austro-estadounidense que estudió en profundidad los primeros tiempos de la vida psíquica infantil-, que nos servirán como orientación:

1. “Mi propio pensamiento se basa en el concepto freudiano del neonato que lo ve como un organismo psicológicamente indiferenciado, venido al mundo con un equipo congénito. Este organismo carece aún de conciencia, de percepción, de sensación, y de todas las demás funciones psicológicas (...) Por ello me he abstenido de usar toda hipótesis que establezca la operación de procesos intraprésíquicos en el infante desde el nacimiento” (Spitz, 1965, p. 18).

2. Y agrega en una nota al pie: “Es evidente que los estímulos provocan respuestas desde el nacimiento (y antes), algo ocurre en el infante que responde a dichos estímulos externos. Pero este proceso no es de naturaleza psicológica (...), cuando menos hasta que no se desarrolle una conciencia rudimentaria en el transcurso de las semanas siguientes al nacimiento” (Spitz, 1965, p. 18).

Destacamos 3 puntos de Mahler:

1. “La observación de fenómenos motores, kinestésicos y gestuales (afectomotores) de todo el cuerpo puede tener gran valor, pues permite al observador inferir lo que está ocurriendo dentro del niño; es decir, los fenómenos motores están correlacionados con eventos intraprésíquicos. Esto es particularmente cierto en los primeros años de vida” (Mahler, 1974, p. 25).

2. “Creemos que las experiencias contacto-perceptuales del cuerpo total, especialmente la sensibilidad profunda de la superficie corporal total (la presión que ejerce la madre al sostener al niño), además del sentido kinestésico desempeñan también un importante papel en la simbiosis” (Mahler, 1974, p. 57).

3. “Desde el punto de vista de la imagen corporal, el cambio de una catexia predominantemente propioceptiva-enteroceptiva a una catexia sensorio-perceptiva de la periferia es un paso fundamental en el desarrollo. (...) Este cambio fundamental de la catexia es un prerrequisito esencial de la formación del yo corporal” (Mahler, 1974, p. 19).

Lo que queremos señalar con estos puntos es la imbricación entre las teorizaciones psicoanalíticas y los hallazgos fundamentales de la Psicología Evolutiva y La Psicomotricidad. Resultan confusos, y eso no es un error de comprensión, sino que esos límites son realidad muy difusos, porque la actividad psíquica en sus orígenes se liga a las excitaciones que provienen del cuerpo-soma. Estas excitaciones no son reconocidas como tales, no son diferencias, no son clasificadas, simplemente ocurren y el cuerpo del infante responde. Pero en esos aflujos excitatorios y esas respuestas, se van produciendo nuevas excitaciones, sensaciones y respuestas más complejas que van produciendo un complejo entramado somato-psíquico. Sería completamente imposible para los modelos teóricos que intentan aprehender algo de la oscura vida psíquica en los primeros tiempos del infante desligarse de los anudamientos a los procesos somáticos.

La psicomotricidad tiene que ver con las implicaciones psicológicas del movimiento y de la actividad corporal, en la relación entre el organismo y el medio en que se desenvuelve. El mundo de la psicomotricidad es el de las relaciones entre psiquismo y movimiento.

La psicología evolutiva no puede prescindir de la consideración del desarrollo físico, en tanto sus hitos abren a nuevas posibilidades y también imponen limitaciones a las transformaciones psicológicas. Sin embargo, no podemos dejar de tener en consideración que más allá de estas “leyes biológicas” es imposible desandar el camino de los cambios motores atados exclusivamente a una realidad biológica, porque perderíamos de vista un aspecto fundamental que se encuentra también en la base de los procesos de cambio: la interacción del medio y de los otros. La meta del desarrollo psicomotor es el control del propio cuerpo hasta ser capaz de sacar de él todas las posibilidades de acción y expresión que a cada uno le sean posibles. Un lento proceso de desarrollo que implicará dos vertientes: un componente externo o práxico, la acción, el movimiento ejecutado; pero también un componente interno o simbólico en lo que refiere a la representación del cuerpo y sus posibilidades de acción.

Este progresivo control corporal se lleva a cabo según dos leyes fundamentales:

1. Ley del desarrollo céfalo-causal: se controlan antes las partes del cuerpo que están más próximas a la cabeza, extendiéndose luego el control hacia abajo;
2. Ley del desarrollo próximo-distal: se controlan antes las partes más próximas al eje corporal que las más alejadas.

No debemos perder de vista que los cambios en el desarrollo psicomotor, así como también el físico, son sustancialmente más abundantes en los primeros tiempos de la vida, y sufren un aplanamiento paulatino a lo largo de la vida del sujeto.

¿Cómo vamos a pensar estos cambios en el desarrollo? ¿Son hitos aislados? Por ejemplo, los movimientos que conllevan la prensión de un lápiz para dibujar un garabato, ¿tienen algo que ver con los primerísimos reflejos del neonato? ¿Tendrán algo que ver con la posibilidad de que un tiempo futuro tome una pelota y la lance?

Las adquisiciones motoras no deben entenderse como logros independientes unos de otros, guiados exclusivamente por un plan inscripto en los genes o el cerebro. Apuntamos a una visión del desarrollo motor en la que se van produciendo integraciones que dan lugar a acciones más complejas y más refinadas. Tal es así que pensamos la acción motriz como multimodal, es decir, que intervienen factores visuales, propioceptivos, posturales. Y a su vez, las acciones motrices están mutuamente entrelazadas: postura, prensión, equilibrio, locomoción.

Quedémonos con estos principios por un momento: el desarrollo de la acción motriz apunta a la combinación multimodal y su entrelazamiento con lo psíquico. La cuestión es, ¿esto es así desde los orígenes? ¿Es un punto de partida o más bien un punto en el horizonte hacia el que se dirige el desarrollo? Veamos qué nos puede aportar H. Wallon -psicólogo francés abocado al desarrollo infantil- a estas preguntas.

Wallon escribe “Los orígenes del carácter en el niño” (Wallon, 1934) donde presenta “*las premisas psicofisiológicas de la consciencia corporal*”. Partimos de un estado de desintegración e indiferenciación, hacia una progresiva integración y diferenciación. ¿Por qué habla de la consciencia corporal? La consciencia corporal es la idea de “cuerpo propio”, la cual no es un punto de partida, sino un punto de llegada a partir de la integración y diferenciación de las sensibilidades.

Wallon diferencia en primera instancia 3 tipos de sensibilidades que denominará “dominios funcionales”:

1. El dominio interoceptivo: la sensibilidad visceral. Por ejemplo, la actividad del tubo digestivo y las manifestaciones orgánicas ligadas a la alimentación o la respiración.
2. El dominio propioceptivo: la sensibilidad ligada al equilibrio y a los movimientos del cuerpo.
3. El dominio exteroceptivo: la sensibilidad vuelta hacia las excitaciones de origen exterior.

El primer indicador que nos da Wallon es que entre las manifestaciones de estos dominios funcionales existe un intervalo cronológico considerable. Las funciones interoceptivas son las más precoces, mientras que las exteroceptivas las más tardías.

“En las primeras semanas de su existencia, al mamar, está totalmente absorbido por los movimientos de su boca y de su faringe, los párpados cerrados, los puños ligeramente apretados, el antebrazo flexionado” (Wallon, 1934, p. 6). ¿Qué tenemos aquí? Se trata del dominio interoceptivo en pleno ejercicio. Todos los aflujos excitatorios provienen de los órganos internos. ¿Puede el bebé organizar esta información, reconociendo que se trata de un estado corporal interno? ¿Podría representarse que tales sensaciones son el aflujo de la leche que proviene desde afuera y que activa otra serie de sensaciones en el cuerpo? En absoluto. Nada de esto es un proceso consciente. Es un aflujo sensitivo sin consciencia.

Continúa Wallon diciendo que durante el segundo mes abre ya los ojos durante largo rato. Y finalmente, después del cuarto mes, sonrío a su nodriza, vuelve la cabeza hacia una persona que se aproxima, se interrumpe en ocasión de un estímulo auditivo o visual. Empieza a suceder que las excitaciones exteroceptivas pueden ya disputar su atención a las funciones interoceptivas. Hay algo de lo exterior que empieza a provocar la atención del niño, ya puede

salirse de la referencia a su “caparazón corporal-orgánico” en la que se encontraba envuelto. Nuevos aflujos sensitivos provenientes del exterior constituyen una nueva información de la que se tiene noticia.

Ahora bien, no debemos confundir esto con una diferenciación. Que el bebé pueda progresivamente ir anoticiándose de excitaciones exteroceptivas no implica que haya una diferenciación de tales dominios. Tal es así que plantea: “El mundo exterior irá tomando una importancia gradualmente mayor para el niño a medida que se establezcan las conexiones entre estos dos dominios de su actividad” (Wallon, 1934). Es decir, que la relación entre los dominios funcionales no constituye un punto de partida, sino que más bien se encuentran indiferenciadas. Pero el punto de llegada, hacia donde se dirige el desarrollo, será un movimiento doble: por un lado, de diferenciación de las sensibilidades, y al mismo tiempo, de integración de las mismas.

Pensemos el movimiento por ejemplo, el dominio propioceptivo. Lo que tenemos desde la vida intrauterina y en los primerísimos tiempos del neonato son movimientos-reflejos. Son mecanismos que Wallon denomina “rígidos” y habla de la “segmentariedad” del organismo. Tal es así porque son movimientos mecánicos, involuntarios, que constituyen una respuesta a un estímulo específico. Wallon dice que en el desarrollo, la actividad motriz refleja “consiste en sistemas sinérgicos de movimientos”. La sinergia alude a la complementariedad de dos sistemas o más, cuyo conjunto genera un resultado diferente y novedoso que el de la suma de sus partes. “Sistemas constituidos de tal manera que el desplazamiento efectuado por una parte del cuerpo y las resistencias que encuentra provocan, en el resto del cuerpo, las actitudes y movimientos que pueden mantener mejor el equilibrio general y concurrir a la realización de la acción perseguida” (Wallon, 1934). ¿Se van armando esta idea de engranajes que constituyen las sensibilidades? Partiendo de una indiferenciación, y progresivamente se irán diferenciando e integrando. Luego dirá que estas sinergias están destinadas a ser absorbidas por los sistemas de reacciones que, superponiéndose entre sí, se orientan progresivamente hacia el medio exterior, de manera tal que permitan responder de forma creciente a las diversas excitaciones de las cuales se anoticia.

El movimiento será fundamental en su doble condición. Como unidad y cohesión en el espacio, como así también justa distribución y continuidad en el tiempo. Este punto es interesantísimo: Wallon nos habla de movimientos, tonicidad muscular, prensión, sinergias... Todos conceptos fundamentales de la psicomotricidad, pero que también constituyen las bases fundamentales del yo: las coordenadas témporo-espaciales. Y aquí estamos en una noción profundamente psicológica. Debemos hacer una distinción fundamental, ya que Wallon tiene un pensamiento que en filosofía se denomina “dialéctico”, ante lo cual lo psíquico y lo corporal no se conciben como coordenadas contrapuestas y diferenciadas, sino que se dialectizan. Su vinculación es tal que produce una síntesis novedosa, contribuyendo a la constitución del “cuerpo propio”, cuyo destino será el ser un objeto más del mundo en coordenadas témporo espaciales.

Pensemos ahora en el dominio exteroceptivo. Las sinergias exteroceptivas hacen su aparición en el curso de las primeras semanas, vinculadas a los movimientos oculares y su coordinación. Es fundamental porque es apta para proveer el conjunto de impresiones pasibles

de ser contrapuestas como “mundo exterior” al “propio cuerpo”. En el campo perceptivo entran una variedad de objetos: ¿Qué sucede cuando en el campo perceptivo aparecen objetos que pertenecen al dominio propioceptivo? El bebé tiene una lapicera en la mano, un objeto, pero en su dominio exteroceptivo aparece no sólo este objeto, sino también la mano, al mismo tiempo que se corresponde con un movimiento y presión muscular, que corresponde al dominio interoceptivo. La mano es un objeto de interés para ese bebé. Entonces tenemos en juego el campo perceptual, el movimiento, la presión de un objeto... Lo que se va posibilitando progresivamente son relaciones de subordinación: la mano no es el objeto, la mano pertenece al propio cuerpo.

Al terminar el 3° mes comienzan las asociaciones intersensoriales (...). Se individualizan las fuentes de excitación al mismo tiempo que se unifica el campo de la percepción. El niño comienza a buscar con los ojos el vaso que ha tintineado. Reacciona a un roce, a un soplo por movimientos que parecen materializar la causa en algún lugar del espacio. (Wallon, 1934)

Los circuitos de acción de simples excitaciones se van integrando y complejizando hasta llegar a ser instrumento o meta. Una acción dirigida a un fin, esto es lo que llamamos “praxias”. Los objetos pueden ser combinados, se subordinan y se ajustan de acuerdo a una meta útil.

La “cenestesia” es un concepto fundamental de este autor. Alude a la sensibilidad del “propio cuerpo” que recubre la sensibilidad interoceptiva, propioceptiva, y también la relación entre el espacio gestual y el espacio de los objetos, es decir la exteroceptiva. Todas las sensibilidades constituyen la noción de cenestesia cuando están integradas. Al comienzo, hasta los 3 meses, no están integrados estos dominios funcionales. Hay sensibilidades, pero están desintegradas. Esta posibilidad de integración se dará para Wallon a partir de una premisa biológica, la mielinización neuronal. ¿Se trata de un cambio repentino? Claro que no. Hablamos al comienzo de este apartado de los principios rectores del desarrollo psicomotor, en donde el programa biológico es necesario pero no suficiente para dar cuenta de estos progresos. La integración de dominios es necesaria para que aparezca la noción de “cuerpo propio”. No es una combinación automática, la representación del propio cuerpo debe poder reconocerse como “propio” mientras se va exteriorizando.

La noción de “Esquema Corporal” (Wallon, 1954) de Wallon sólo puede ser entendida a la luz de todos estos desarrollos. Porque no se trata sólo de la imagen interiorizada de algo exterior, sino de este complejo entramado entre sensibilidades. El esquema corporal está integrado por la imagen del cuerpo, sus posiciones variables, sus desplazamientos y también su potencial de acción. De las relaciones entre el espacio gestual y el espacio de los objetos, aquel de la acomodación motriz al mundo exterior. Por lo tanto, se trata de un complejísimo proceso en el que se van produciendo sucesivas aproximaciones, que dependen de la propia actividad psicomotora del bebé, a medida que se van integrando, diferenciado y complejizando los diferentes dominios funcionales, hasta poder constituir al “propio cuerpo” como un objeto ubicado en coordenadas témporo espaciales.

Referencias bibliográficas

- Ariès, P. (1987). Cap. 2 “El descubrimiento de la infancia”. En *El niño y la vida familiar en el antiguo régimen*. Madrid: Taurus.
- Bleichmar, S. (1993). Cap. 1. Primeas inscripciones, primeras ligazones. En *La fundación de lo inconsciente. Destinos de la pulsión, destinos del sujeto*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1905). Tres ensayos para una teoría sexual. En *Obras completas. Volumen VII*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1913). El interés por el psicoanálisis. En *Obras completas. Volumen XIII*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1915). Lo inconsciente. En *Obras Completas. Tomo XIV*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1915). Pulsiones y sus destinos. En *Obras completas. Volumen XI*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1923). La organización genital infantil. Una interpolación en la teoría de la sexualidad. En *Obras completas. Volumen XIX*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1924). El yo y el ello. En *Obras completas. Volumen XIX*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Laplanche, J. (1987). Hacer su lugar a la psicología del niño. En *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis. La seducción originaria*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Laplanche, J. (1996). *La prioridad del otro en psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Laplanche, J., & Pontalis, J.B. (1996). *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Mahler, M. (1974). *El nacimiento psicológico del infante humano*. Buenos Aires: Marymar.
- Mirc, A. (2021). El problema del desarrollo infantil y sus vertientes temporales: algunas coordenadas. En Martínez, A & Mirc, A. (Comps.) *Hacia una deconstrucción de la Psicología Evolutiva. Aportes teórico-políticos*. La Plata: Edulp.
- Palacios, J. (2014). Psicología Evolutiva: concepto, enfoques, controversias y métodos. En Palacios, Marcheti y Coll (Ed.) *Desarrollo psicológico y educación 1. Psicología evolutiva*. Madrid: Alianza.
- Stern, D. (1991). Cap. 2. “Perspectivas y enfoques de la infancia”. En *El mundo interpersonal del infante*. Buenos Aires: Paidós.
- Wallon, H. (1965). Kinestesia e imagen visual del propio cuerpo en el niño. En *Estudios sobre psicología genética de la personalidad*. Buenos Aires: Lautaro.
- Winnicott, D. (1960). De la dependencia a la independencia en el desarrollo del individuo. En *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador. Estudios parra una teoría del desarrollo emocional*. Buenos Aires: Paidós.
- Winnicott, D. (1971). *Realidad y juego*. Barcelona: Gedisa.